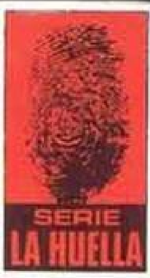


Lou Carrigan

LOS PAJARITOS CIEGOS


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LOS PAJARITOS CIEGOS

Colección LA HUELLA n.° 81
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 12618-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: mayo, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRELUDIO

Giles Vinter, el recepcionista del Riverside Motel, en el Estado de Connecticut pero convenientemente cerca de Nueva York, estaba aquella noche bastante fastidiado.

Motivos: hacía mucho rato que un coche había entrado en el motel, se había estacionado nada menos que sobre el césped, cerca de la entrada, y allá se había quedado. Veterano en aquella clase de asuntos y conocedor de las flaquezas humanas, se fue para allá dispuesto a cantarles cuatro verdades a la parejita que hubiese dentro del coche.

Pero no. No había una parejita. Giles, que había abierto bruscamente la portezuela del lado del conductor, vio sólo a un hombre, dentro del coche, en el otro asiento.

—¿Se encuentra mal, señ…?

Sin la menor duda, aquel caballero se encontraba mal. Muy mal. Pésimamente, en suma. O quizá no. Quizá, si es cierto que la muerte es un descanso de todas las fatigas de este mundo, aquel caballero se encontraba entonces perfectamente bien. Eran puntos de vista.

Giles Vinter palideció. Estaba contemplando el más espeluznante espectáculo de toda su vida. El hombre no sólo estaba cosido a puñaladas por todas partes, sino que sus ojos, que a Giles le habían parecido brillantes un instante antes, tenían una extraña opacidad. Muy abiertos, pero opacos, llenos de gotitas de sangre. Gotitas diminutas, como puntos negros en toda la córnea.

—¡Dios! —pudo jadear por fin Giles—. ¡Dios mío! ¡Dios!

Se irguió con tal fuerza que su cabeza chocó contra el montante de la puerta. Pero eso no le detuvo. Giles se apartó del coche, y antes de que las piernas comenzasen a temblarle, echó a correr

hacia su cabina de recepción, en busca del teléfono…

CAPÍTULO PRIMERO

A primera vista, Amos Grant resultaba un tipo más bien insignificante. No era muy alto, no era muy ancho, no era muy guapo. Y además, llevaba lentes, para corregir aquel ligero astigmatismo, que era la secuela de años de estudio. Amos Grant era todo un «empollón». Pero con inteligencia, no el empollón que convierte su cerebro en una simple *casete* donde se graba todo pero sin que haya entendido nada de nada.

Hasta ahí se podía llegar.

Amos era inteligente de verdad, y lo demostraba con su postura ante la vida. Según él, cada persona debe dedicarse a aquella actividad para la que está más dotado. Con lo cual, hay que admitirlo, Amos no descubría la piedra filosofal, ni mucho menos. El mérito de Amos consistía en que, pensando eso, hacía eso. Desde el momento en que comenzó a pensar por sí solo, Amos había decidido que sería psiquiatra.

¿Y qué era Amos en la actualidad? No falla: psiquiatra, naturalmente.

Pero la cosa no terminaba ahí. Pese a haber conseguido lo que quería, Amos no estaba contento todavía, así que se dedicó a meditar, en busca de una respuesta a su pregunta: ¿qué te falta, Amos, qué más quieres…?

Por supuesto, encontró la respuesta: quería ser algo más que un simple psiquiatra… Quería ser psicólogo criminalista. ¿Y qué había hecho Amos Grant? Pues sencillo: había ofrecido sus servicios a la policía de Nueva York en este sentido, y si tenía suerte…

—Señor Grant.

—Sí, diga.

—El capitán Cosgrove le está esperando.

—¡Ah!, muchas gracias.

Amos Grant entró en el despacho del capitán Cosgrove. Éste no se hallaba solo. Con él estaba el teniente Grant, de Homicidios (tío de Amos Grant), de unos cincuenta años, fuerte, mirada penetrante. Y había otro hombre, de la edad aproximada de Amos, esto es, de unos treinta años; era alto, fuerte, atlético, y su mirada expresaba una cierta socarronería cuando se posó en Amos Grant.

—Buenos días —saludó éste.

—Buenos días, señor Grant —saludó Cosgrove—. No hace falta que le presente al teniente Grant. Él es —señaló al otro— el sargento de detectives Kester Hyde.

—¿Qué tal? —sonrió Amos.

Hyde también sonrió. Cosgrove señaló una silla, Amos se sentó, y se le quedó mirando. Por fin, Cosgrove rompió el breve silencio:

—No nos andaremos por las ramas, señor Grant. Su oferta, que mereció interés por nuestra parte y que está en curso, quizá decida a nuestros superiores a instalar aquí un Departamento de… Investigación Psicológica Criminal, que naturalmente, usted dirigiría. Pero mientras tanto, nos gustaría conocer su opinión sobre un crimen. Si yo le presentase a usted un asesinato digamos peculiar, ¿usted cree que podría orientarnos sobre la personalidad del asesino?

—Ésa es la intención de mi oferta a la policía. ¿Están investigando algún asesinato realmente peculiar?

—Creemos que sí. Ésta es una fotografía de la víctima.

Amos tomó la fotografía, que correspondía a un hombre sentado en el asiento delantero derecho de un coche. Le habían cosido a puñaladas. Era espantoso. Y los ojos…, los ojos… Amos sacó una lupa de un estuche de piel, y se dedicó a examinar con gran atención los ojos. Su gesto final fue de perplejidad.

—¿Qué tiene en los ojos? —musitó.

—Al principio, se pensó que esos pinchazos podían haber sido hechos con la misma arma que utilizaron para apuñalarle, pero esa teoría fue desechada. Las heridas indican que fueron hechas con una navaja o cuchillo de hoja estrecha, es cierto, pero no tanto que pudiera producir también los pinchazos en los ojos… El primer informe forense sugiere que han podido ser pinchados con alfileres.

—Por Dios… ¡Es horrible!

—En efecto. El cadáver fue hallado anoche, hacia las veintiuna treinta, dentro de un coche estacionado en el Riverside Motel, cerca de Riverside, Connecticut. Sabemos que el robo no fue el móvil del crimen, ya que llevaba dinero abundante encima. También sabemos que no fue apuñalado allí, en el hotel, sino en otro lugar y fuera del coche. La hora de la muerte ha sido calculada sobre las veinte horas, es decir, hora y media antes de que fuese hallado. Como es natural, se están buscando huellas en el coche, aunque no creemos que sirva de nada, ya que habrá miles de huellas del propietario y de muchos de sus amigos.

—¿Cómo se llama la víctima?

—John Hanlon. Vivía en el 1515 de Columbus Avenue, donde, naturalmente, tenemos un equipo de expertos registrando y tomando huellas. Esto en cuanto al apartamento, esto es, su domicilio. Aparte, tiene un bufete muy elegante en un rascacielos de Battery. Era abogado. Enviaremos a alguien a su despacho, claro. Hemos pensado que usted aceptaría trabajar de acuerdo con el sargento Hyde, que va a encargarse del caso. Todos los efectos personales que llevaba encima John Hanlon están en el Depósito de Cadáveres de Riverside, pero esperamos tenerlos aquí esta misma tarde.

—Sí, desde luego. —Amos miró de nuevo la fotografía espeluznante—. Demonios, ¡en mi vida he visto nada igual!

—Nosotros, sí —dijo Harold Grant.

—¿Qué? —Miró Amos vivamente a su tío.

—Que tenemos otro caso igual.

Harold Grant tomó una carpeta que había sobre la mesa, y casi la incrustó en el pecho de su sobrino.

—Es una copia del expediente que obra en el Departamento de Policía de Cleveland, Ohio. La víctima se llamaba Robert Merrit. Tenía veinticinco años, era soltero, sargento de *marines* de la U. S. Navy, con residencia en Los Ángeles…

—¿Y estaba apuñalado…, y tenía los ojos pinchados con alfileres?

—Sí. Había llegado a Cleveland desde Los Ángeles en avión. En el aeropuerto de Cleveland tomó un taxi y se hizo llevar directamente a Estlake. Ya no se sabe nada más. Es decir, sabemos

algo que puede ser interesante: tanto Robert Merrit como John Hanlon habían nacido en New Haven, Connecticut. Y a juzgar por la edad de los dos, es perfectamente factible que fuesen amigos de la infancia. Amos…, ¿qué clase de persona crees que puede hacer una cosa así?

—Lo puede haber hecho cualquiera, tío Harold.

—¡Pero, hombre, qué dice…! —gritó Hyde—. ¡Claro que una cosa así no la hace cualquiera!

Amos miró sosegadamente a Hyde.

—Estoy seguro, sargento, de que durante nuestro trabajo en común, usted me será de gran ayuda en muchas cuestiones. Pero de momento, yo le voy a ayudar a usted: estos dos asesinatos puede haberlos cometido cualquier persona.

—¡Esto es obra de un sádico, de un loco!

—No, no, no, sargento. Si los ojos estuviesen reventados a puñaladas, o incluso hubiese muchas mutilaciones bestiales, se podría pensar en la labor de un loco peligroso, o de alguien que en un momento determinado había perdido la razón. Pero el hecho de que se hayan cometido dos asesinatos idénticos, excluye eso; y además, está eso de pinchar los ojos… Una persona enloquecida no se detiene, saca un alfiler, y se dedica a pinchar cuidadosa y meticulosamente los ojos de su víctima. Es emocionalmente imposible. Seguiría apuñalando hasta dejar al descubierto los huesos, si quiere, pero no tendría… paciencia para pinchar los ojos con un alfiler o lo que sea. Y eso, dos veces. Las dos veces, igual. No. Quien ha hecho esto, lo ha pensado mucho, lo ha planeado todo, de principio a fin. No se trata de un loco, sino de una persona normal, como usted y como yo…, sólo que tenía sus buenos motivos para hacer lo que ha hecho. De esa persona sobresale por el momento un rasgo de su carácter: una determinación y una firmeza escalofriante. Si se ha propuesto matar a alguien más que haya nacido también en New Haven, lo hará…, a menos que nosotros podamos impedirlo. ¿Había algo más en común entre las dos víctimas?

—Que sepamos por el momento, no —musitó Harold Grant.

—Pues yo no tengo nada más que decir, por ahora. Espero que a medida que vayamos adelantando en las investigaciones el sargento y yo, y vayamos conociendo a las personas que se relacionaban con

John Hanlon, pueda ir obteniendo más conclusiones.

—La primera no nos ha ayudado mucho —dijo Grant.

—Bueno, tío Harold, yo no tengo la culpa de que el asesino sea una persona corriente y de carácter resuelto, en lugar de un loco que vaya por ahí con un cuchillo en una mano y unos cuantos alfileres en la otra.

Kester Hyde emitió una risita, que cortó en seco bajo la fulminante mirada del teniente.

—Por lo menos, sabemos que no buscamos a un loco —dijo el capitán Cosgrove; se dio una palmada en la frente, de pronto—. ¡Se me olvidaba…! Esto es algo que puede interesarles a los dos: había una caja de bombones vacía en el asiento de atrás del coche de John Hanlon. Al parecer, una *enorme* caja de bombones. Vacía.

—Quizá hacía días que Hanlon la llevaba en el coche —sugirió Hyde.

—Sí —frunció el ceño reflexivamente Amos—: pudo ser una mujer, desde luego.

—Nos interesaremos por esa caja de bombones —dijo Cosgrove, sin grandes esperanzas—. Quizá encontremos alguna huella interesante en ella. Bueno, creo que los dos tienen suficiente para empezar a trabajar. Y recuerden: están trabajando los dos para la policía, no enzarzados en una competencia personal a ver cuál es más listo o cuál emplea mejores métodos. ¿Está claro?

CAPÍTULO II

—¿Será real? —musitó Hyde.

—Parece que sí —señaló Amos la fotografía—: los fantasmas no escriben dedicatorias.

En el ángulo inferior derecho de la fotografía pudieron leer: «Desde Acapulco, con el cariño de siempre, para Johnny». La firma tampoco estaba clara. Quizá ponía Catherin, o Catie. Algo así.

—Espero que no sea ésta la chica de los bombones —movió Hyde la cabeza.

—Hemos encontrado unos cheques extendidos a nombre de Kate Anderson —dijo el director del equipo de expertos—. El más antiguo es de hace catorce meses.

Y hay otro, también para Kate Anderson, con fecha de cuatro meses atrás. Los dos son de mil dólares. Lo menciono porque Kate es también Catherin o Catie.

—Sí —admitió Hyde—. Bueno, creo que voy a encargarme de esto inmediatamente. Es la única pista que tenemos. ¿Viene conmigo, Grant?

—No sé… Preferiría meditar un poco. Y también me gustaría tener una copia de esta fotografía.

—¿Y a quién no? —sonrió Hyde.

—Yo no creo que sea la de los cheques —sonrió, también, Amos Grant—. Si ella no ha firmado precisamente Kate, es porque John Hanlon no la llamaba así. Si la hubiese llamado Kate, ella habría firmado Kate, no Catie o Catherin… Deben ser dos personas diferentes.

—Quizá tenga razón —admitió Hyde—. Pero por algo hay que empezar. Bueno, vamos a obtener esa copia, y mientras usted piensa, yo me moveré. ¡Perra vida…!

Una hora más tarde, Amos y Hyde se despedían, en la puerta de un estudio fotográfico. Amos Grant, con la fotografía de la bellísima muchacha en un bolsillo, tomó un taxi. El sargento Hyde, con el coche oficial, se dirigió hacia Battery.

El despacho consultorio de John Hanlon estaba abierto, y atendido por una linda secretaria de largos cabellos castaños y senos menudos, pero preciosos, que dejó encandilado al sargento Hyde. Se llamaba *miss* Darrell, y también tenía muy bonitos los ojos, grandes, castaños, brillantes.

Además de la secretaria, Hanlon tenía allí dos ayudantes, muy activos. Sin duda alguna, el bufete de John Hanlon era eficiente.

Hyde comprendió que ninguno de los empleados del abogado sabía todavía nada de lo sucedido. Cuando lo dijo, fue quizá un tanto rudo. La secretaria y los dos ayudantes palidecieron, y la muchacha estuvo a punto de desmayarse. Hubo que darle agua, y calmarla con palabras cariñosas. Luego, de pronto, se echó a llorar, inconteniblemente. Hyde pasó un rato verdaderamente malo.

Finalmente, mostró la fotografía de la muchacha rubia y espléndida, sin grandes esperanzas de obtener resultados.

Falló.

Tom Baines, uno de los ayudantes, la reconoció. Y también *miss* Darrell. Baines había visto a Hanlon una sola vez con aquella muchacha; no sabía su nombre, ni dónde vivía. El otro ayudante no la había visto nunca. *Miss* Darrell los había visto juntos dos veces, pero tampoco sabía quién era ni dónde encontrarla.

—¿Diría usted, *miss* Darrell, que se amaban?

La secretaria quedó un instante pensativa.

—No —negó por fin—. A mí me parecieron más bien muy buenos amigos. No sé…

—¿Cariñosos pero no amorosos? —sugirió Hyde.

—Sí… ¡Sí, eso es! ¡Oh, Dios mío, pobre John…!

Hyde se las arregló para despedirse pronto, no sin antes rogar que si volvían a ver a la muchacha esquiadora intentasen averiguar quién era y le avisasen.

—En cuanto al señor Hanlon —terminó—, esperamos que lo traigan a Nueva York esta tarde. Les llamaré por teléfono… Quiero decir que espero que alguno de ustedes lo identifique plenamente. Bastarán ustedes dos —miró a los ayudantes—. No veo motivo para

que *miss* Darrell pase un mal rato.

El cadáver y los efectos personales de John Hanlon llegaron antes de lo previsto, así como el coche. A las cuatro de la tarde ya estaban en Nueva York. A las cuatro y cuarto, aparecieron en la Morgue *miss* Darrell y los dos ayudantes de Hanlon, pero la muchacha no quiso entrar en el *frigorífico*. El cadáver fue identificado plenamente.

A las cinco de la tarde, el activo sargento Hyde sabía más cosas. Por ejemplo, la famosa caja de bombones, *enorme*, no hacía varios días que John Hanlon la llevaba en el coche, sino que había sido comprada por él, personalmente, la tarde anterior, a las cinco y cuarto, hora exacta. ¿Cómo sabían la hora? Sencillamente, la tienda donde Hanlon compró los bombones estaba muy cerca de su despacho en Battery; una tienda de lujo, por supuesto. Como quiera que en el coche se había encontrado la cinta de adorno y el envoltorio para regalo en que iba envuelta la caja, localizar la tienda fue todo lo fácil que resulta leer una dirección en un envoltorio. Allá, una sonriente dependienta recordó perfectamente, y al parecer con agrado, al apuesto caballero que había comprado la caja.

Cuando Hyde supo esto, quedó verdaderamente impresionado. La caja de bombones era, en verdad, enorme. Dos libras de bombones, algunos de ellos, en gran surtido, de licor. La pregunta era: ¿había alguien en el mundo capaz de comerse de un tirón dos libras de bombones de licor? Desde un teléfono público, Hyde llamó a la Morgue. ¿Había comido bombones John Hanlon? Respuesta: no. ¿Seguro? Segurísimo. No había ingerido absolutamente nada desde la hora del almuerzo, esto es, entre doce y una del día anterior; un ligero almuerzo, ya digerido a la hora de la muerte.

—Me gustaría —reflexionó Hyde— conocer a una persona capaz de comerse dos libras de bombones en un par de horas…, y luego asesinar a quien se los ha regalado.

Y como no todo tenían que ser vaguedades, el sargento Hyde consiguió algo, por medio del detective que envió al Banco de John Hanlon. Algo muy concreto: los cheques pagados a la mujer llamada Kate Anderson habían llegado al Banco por mediación de otro Banco, el Bankers Trust, de New Haven. Una llamada desde el Departamento de Policía al de New Haven, movilizó a un detective,

que se presentó en el Bankers Trust a interesarse por Kate Anderson. Fácil: Kate Anderson era cliente del Bankers Trust, y residía en New Haven, exactamente en el 64 de Fitch Street.

Esto lo había sabido Hyde antes de las tres de la tarde, de modo que cuando el asunto de la caja de bombones y la identificación definitiva de John Hanlon estuvieron solucionados, y mientras esperaba que los de Huellas continuasen buscando en los archivos alguna de las encontradas en el coche y el apartamento de John Hanlon, Hyde decidió llegarse a New Haven.

CAPÍTULO III

Salió del coche, cruzó la estrecha acera y entró en el jardín, que ascendía suavemente en un sendero hacia el garaje, y otro, con losas de piedra, hacia la casa.

Le abrió la puerta una mujer de alrededor de sesenta años, regordeta, de faz redonda y sonrosada, que llevaba lentes, de cristales redondos. Tras los cristales, unos ojos ingenuos y azules, como de niña, chispearon amablemente al ver al visitante.

—¿Qué desea? —inquirió, con voz fina, suave.

—¿Señora Anderson?

—¡Ah, no…! La señora está dentro. Yo soy el ama de llaves. Si tiene algún recado…

Amos consiguió contener una sonrisa. ¿El ama de llaves? ¿De qué llaves? La casa no estaba mal, pero, vamos, ¡para tener un ama de llaves…!

—Agradecería mucho una entrevista personal con la señora Anderson. Trabajo para la policía.

—¿La policía? —Respingó la mujer—. ¿Qué…, qué pasa…?

—Preferiría ver a la señora Anderson, si no es molestia para ella. Mi nombre es Amos Grant.

—Sí, bien… ¡Oh, pase, por favor! Avisaré a la señora.

Segundos después, Amos entraba en un saloncito atiborrado de chucherías. Adosada a la pared de la izquierda, había una vieja pianola. Encima de la cual, claro, había dos jarrones con flores y sobre tapetitos primorosos.

De lado con respecto a la ventana había un tresillo. Los dos sillones estaban vacíos. En el sofá, estaba la señora Anderson.

—Buenas tardes, señora Anderson. Espero no molestarla.

—¡Oh, no se preocupe, señor Grant…! Sólo estoy un poco

inquieta; la policía nunca había venido a esta casa.

—Bueno —sonrió Amos—, me temo que he asustado a su ama de llaves con mi torpeza. En realidad…

—¿Mi ama de llaves? —Kate Anderson miró con cierta irritación a la regordita mujer de los lentes—. ¡Hazel, ya me estoy cansando de tus tonterías! ¿Cuántas veces te he prohibido que digas eso? No le haga usted caso, señor Grant. Hazel es mi amiga, simplemente.

—Bueno, como ella dijo…

—Hace años, Hazel estaba de criada en casa, es cierto. Pero desde entonces las cosas han ido cambiando mucho. La vida… En fin, somos dos mujeres que viven juntas, como buenas amigas. Juntas y solas. Pero siéntese, por favor. ¿Le apetece café?

—De momento, no —murmuró Amos, sin sentarse—. Señora Anderson, ¿conocía usted a un hombre llamado John Hanlon?

El rostro de Kate Anderson se iluminó. Fue como si en cada uno de sus oscuros ojos se encendiese, allá en el fondo, una bombillita.

—¡El buen Johnny! —exclamó—. ¡Claro que le conozco! Le conozco desde… ¿Ha dicho usted si *conocía* a Johnny?

—Me temo que tengo una mala noticia para usted.

Kate Anderson se quedó mirando fijamente a Amos. Luego, miró a Hazel, que contemplaba a Amos con expresión angustiada. Miró de nuevo a Amos.

—¿Le ha… ocurrido algo a Johnny?

—Así es. Realmente, no es nada fácil dar malas noticias, señora Anderson.

—Oh, Dios mío… ¿Ha muerto?

—Sí… Sí.

Hazel emitió un gritito que a Amos le recordó el chillido de un conejito, dio media vuelta y salió corriendo de la salita. Kate Anderson se quedó inmóvil, con la mirada perdida, los labios apretados, las manos sobre el regazo. Amos Grant, psiquiatra y psicólogo, estudiaba con toda atención a la mujer, pero sin obtener grandes resultados. De todos modos, cada persona reacciona de un modo diferente ante una misma noticia. Allá, por ejemplo, tenía el caso del ama de llaves, que seguramente debía estar llorando en la cocina. En cambio, Kate Anderson había encajado el golpe con gran entereza.

Por fin, ella suspiró y su mirada se concretó en Amos.

—Siéntese, señor Grant —murmuró.

—Gracias. Mi intención al venir aquí —se sentó Amos— era hacerle unas cuantas preguntas, pero si no está en condiciones de atenderme, puedo volver en otro momento.

—No… No, no. Ya he pasado malos tragos en esta vida, señor Grant. Puedo encajar uno más. Muchos más…

—Lo siento de veras. Está bien claro que apreciaba usted mucho a John Hanlon.

—¿Apreciarlo? Le quería como a un hijo… Sí, *casi* como a mi propio hijo…, que también murió. ¿Le sorprenderá si le digo que Johnny también me quería a mí como si fuese su propia madre?

—Claro que no, señora. Perdone… ¿Ha dicho usted que su hijo murió? ¿Cuándo?

—¡Oh!, hace ya más de tres años…

—¿Dónde y cómo?

—Estaba tan delicado… Sí, desde el accidente que tuvimos con el coche, hace años, quedó muy delicado de salud. Fue terrible… Han pasado ya trece años, pero no he conseguido olvidarlo… Mi marido se mató en el accidente, y mi hijo, mi pequeño Henry, quedó inválido de ambas piernas, debido a una lesión en la columna vertebral. Se pasó diez años en aquel horrendo sillón de ruedas… Pasamos una larga temporada en Rock Springs, Wyoming, con la esperanza de que aquel clima le beneficiase, pero no había nada que hacer. Mi Henry se fue… apagando, apagando, apagando… Murió hace tres años y lo enterramos allí. Hazel y yo pensamos quedamos a vivir en Rock Springs, pero el clima empezaba a ser demasiado fuerte para ella, un lugar tan alto, con tanto frío en invierno… No tengo en el mundo a nadie más que a Hazel, y pensé que no tenía por qué perderla también, ni teníamos por qué separamos. Así que volvimos aquí, a casa, y nos dedicamos a… vivir, si así puede decirse, como buenamente se nos ocurre. Un par de veces al año vamos a ver la tumba de mi Henry… Y eso es todo. ¿Por qué se ha interesado usted por mi hijo, señor Grant?

—Por nada especial. Como usted lo había mencionado… Lo siento mucho, no pretendía reavivar recuerdos dolorosos.

—No se preocupe —sonrió valerosamente Kate Anderson—. ¿Cómo ha sido lo del pobre Johnny? Un accidente, claro. ¡Oh, Dios mío!, no comprendo por qué quien conduce un automóvil…

—No ha sido un accidente de automóvil.

—¿No? ¡Oh!, pero le estaba hablando de Johnny… ¡Santo cielo, claro que le quería, pobre muchacho! Últimamente, no nos visitaba mucho a Hazel y a mí. Hazel siempre se reía mucho con Johnny… ¿Usted conocía a Johnny?

—No.

—¡Era tan cariñoso…! Y muy inteligente. Sí… Inteligente y cariñoso. Para mí siempre fue el mejor de todos. Claro que los demás también nos ayudan cuando pueden. Bueno, no sé si usted está enterado de que Johnny me enviaba dinero de cuando en cuando…

—Sí, lo sé. Precisamente encontré su nombre en un cheque pagado por el Banco de John Hanlon.

—¿Y sólo con un nombre en un cheque ha podido localizarme? —se sorprendió Kate.

—No, no. Bueno, debido a ciertos detalles pensé que muy bien podría ser que usted también viviese en New Haven, así que me vine aquí, busqué en el listín telefónico y encontré su dirección… ¿Por qué le enviaba dinero John Hanlon?

—¿Por qué? —se sorprendió Kate Anderson—. Pues por nada… Porque era bueno, simplemente. Cuando murió mi marido, en el accidente, me quedó una pequeña pensión, pero no tenía suficiente para atender a mi hijo, así que los viejos amigos de entonces me ayudaron lo que pudieron. Luego, cuando los muchachos comenzaron a ganar dinero, tomaron el relevo de sus padres… Los amigos de mi Henry, ¿comprende? Se hicieron hombres, encontraron buenos trabajos, y siempre que pueden me envían algo. Les escribí a todos notificándoles la muerte de Henry, pero… ninguno acudió. No los censuro por ello, porque sé muy bien que lo hicieron por no entristecerme. Seguramente, pensaron que su presencia me haría recordar más a mi hijo, así que no vinieron al entierro. Además, en Rock Springs, allá, tan lejos… Pero me envían dinero de cuando en cuando, y la verdad me viene tan bien que nunca se me ha ocurrido rechazarlo. Supongo que algún día dejarán de enviármelo, pero mientras tanto entre mi pensión y esas cantidades, Hazel y yo vamos pasando aceptablemente.

—Comprendo. Según parece, los amigos de su hijo formaban una… pandilla de buenos muchachos.

—Oh, sí… ¡Sí, sí, sí! Hace años, no había por aquí tantas casas de apartamentos. Casi todo eran casas como ésta. Ahora quedan pocas, y de todos los viejos amigos, sólo yo quedo en mi vieja casita. Los demás se fueron marchando a sitios diferentes.

—¿Había entre los amigos de su hijo un muchacho llamado Robert Merrit?

—¡Oh, sí…! Bobby, el gordito. Era un niño bastante terco. Pero, afortunadamente, con la edad fue cambiando. Ahora está en San Diego, California, y es sargento de *marines*. También me envía algo de cuando en cuando. Menos que Johnny, claro, pero la buena voluntad no puede medirse con cifras.

—Por supuesto que no. En cuanto a Robert Merrit, residía en Los Ángeles últimamente. Supongo que pasó allí desde la base de San Diego, claro. ¿Cuándo tuvo usted noticias de él la última vez?

—¿La última vez? Veamos… Sí, debe hacer unos diez meses. ¡Claro, fue por Navidades! Me envió una tarjeta de felicitación y doscientos cincuenta dólares.

—¿Recuerda los nombres de los demás amigos de la pandilla de su hijo?

—¿De todos? Bueno, había por aquí muchos muchachos, claro… No sé. Vamos a ver: los Merrit, los Owens, los Hanlon, los Keller, los Hutchins, los Carmody, los Peabody… Seguramente, me dejo alguno. Con los años todo se olvida. Todo.

—Pero recordará las direcciones de algunos.

—Las tengo apuntadas. Sólo de los que se acuerdan de mí, aunque sea una vez al año. En realidad, son los mismos que me envían dinero, y supongo que algún día se cansarán de hacerlo.

Amos sacó la fotografía y se la tendió a Kate.

—¿Conoce usted a esta chica?

—¡Oh, por Dios! —Volvieron a encenderse las bombillitas en los ojos de Kate Anderson—. ¡Claro que sí! ¡Es Candy! Candy Owens… ¿De dónde ha obtenido usted esta fotografía?

—Estaba en el apartamento de John Hanlon en Nueva York.

—¡Ah, sí!, claro. Qué bonita es Candy, ¿verdad? A mí me envió a principios de verano una tarjeta postal desde Acapulco. La tengo por ahí. ¿Sabe? Candy es la que nos visita con más frecuencia. Vive en New Jersey.

—¿Tiene usted su dirección?

—Sí, sí… ¡La de Candy, sí, naturalmente!

—Me gustaría anotarla. También las demás que tenga, si es posible.

—Claro que sí. Vamos a ver…

Hazel Barrow había regresado, por fin, de la cocina, con los ojos enrojecidos, y en lugar de preparar café, sirvió a Amos un trago de *whisky*, de una botella que se iba llenando de polvo a la espera de que los amigos del fallecido Henry Anderson apareciesen.

—Bien, señora Anderson, ha sido usted muy amable. Ahora, a mi juicio, viene la peor parte del caso.

—¿Qué quiere decir? —Le miró, a la defensiva, la mujer.

—Por lo que usted me ha estado contando, todos eran muy buenos amigos. Los muchachos, los padres, todos… Pero quizá ocurrió algo en algún momento, algo… terrible que pudo enturbiar esa amistad. ¿Me comprende?

—No… No.

—De todo este gran grupo de viejos amigos…, ¿alguien odiaba a alguien? Quiero decir, ¿alguno hizo algo que perjudicó a otro?

—Claro que no. Y me parece que no le comprendo.

—Temo que no voy a tener más remedio que decirle cómo murieron John Hanlon y Robert Merrit…

—¡Por Dios! ¿Bobby también ha muerto?

—Sí.

—Pe… pero… ¿cómo? ¿Qué ha ocurrido?

Cuando terminó su explicación, Amos tuvo que servir un poco de *whisky* a las dos mujeres. Tras los primeros gritos de horror habían quedado inertes, como paralizadas, fijos sus ojos en el psicólogo como si éste las tuviese fascinadas. Desde luego, Kate Anderson tenía más entereza que Hazel Barrow, pues a ésta, Amos tuvo que ayudarla a beber el *whisky*, mientras los dientes chocaban con el vaso.

Luego, se hizo el silencio hasta que, lentamente, Kate Anderson se fue recobrando.

—No puedo creerlo —jadeó—. ¡No puedo creerlo!

—En realidad —dijo Amos—, yo no soy policía, señora Anderson. Soy un psiquiatra contratado, a prueba, por la policía, en un intento de comprender quién y por qué puede estar haciendo esto. Mi opinión, por el momento, es que eso puede haberlo hecho

cualquier persona. Pero quizá a usted se le ocurra el nombre de alguna capaz de hacerlo.

—¿Quiere decir…, que usted cree… que quien ha hecho eso con Bobby y Johnny es…, es alguien del grupo de amigos de hace años?

—O algún amigo actual del grupo, no sé. Considerando que hace años cada cual vive por su lado, en lugares y actividades diferentes, lo lógico es pensar que lo que tienen en común Hanlon y Merrit se remonte a cuando vivían unidos. Tiene que ser algo de esa época. De otro modo, no tendría sentido matar del mismo modo a dos hombres, uno de los cuales vivía en Los Ángeles y el otro en Nueva York.

—Pero a Bobby lo mataron en Cleveland…

—Es evidente que a ambos los llamó alguien, citándolos. A Hanlon, fuera de Nueva York. Merrit tuvo que hacer un viaje mucho más largo. ¿No recuerda usted nada que pueda ayudamos?

—Por Dios, ¡claro que no!

—Bueno —reflexionó Amos—, al menos tengo ahora las direcciones de algunos de los muchachos del grupo. Espero llegar a tiempo de advertirles.

—¿Eso significa… que usted cree que matarán a otro?

—Me gustaría equivocarme, pero temo que lo intentarán. Y del mismo modo.

—No es posible que ninguno…, ninguno de nuestros amigos de entonces sea capaz de una cosa así… ¡No es posible! Además, esto es… parece… bueno, es una locura… ¿No?

—No, señora; para mí, es una venganza.

—Pero una venganza…, ¿por qué? ¿De qué?

—Si usted que los conoce o conoció a todos no puede imaginárselo, menos yo, que no conocía a ninguno. Bien, me parece que ya les he estropeado bastante la tarde. Y tengo muchas cosas que hacer en Nueva York. —Amos sacó su billetera—. Les voy a dejar mi tarjeta, con el ruego de que si recuerdan algo que pueda ayudarme me telefoneen cuanto antes. ¿Lo harán?

Amos Grant se despidió de las dos mujeres, repitiendo su despedida a Hazel, que le acompañó a la puerta.

Cuando estaba a punto de entrar en su coche, Amos Grant sonrió, al ver al sargento Hyde detener el suyo detrás. Hyde se lo quedó mirando con un gesto estupefacto, al verlo, cuando estaba

saliendo del coche. Amos le hizo una seña, y Hyde la interpretó exactamente, pues volvió a colocarse ante el volante y, cuando partió, lo hizo en su seguimiento. Unas calles más arriba, Amos detuvo el coche, se apeó y fue a sentarse en el de Hyde, junto a éste.

—¿Cómo demonios encontró a Kate Anderson? —masculló el policía.

—No olvide que soy psicólogo, sargento.

—¡Al demonio! ¿Cómo lo consiguió?

—Se me ocurrió que si Merrit y Hanlon eran de New Haven, y Hanlon enviaba dinero a Kate Anderson, quizá ésta fuese también de New Haven. Así que vine aquí, miré el listín de teléfonos y vi su nombre y dirección.

—¡Caray…! Eso no ha estado nada mal, no, señor. Bueno, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué me ha pedido que le siguiese? ¡A mí también me gustaría hablar con esa mujer!

—Ganará tiempo, y obtendrá una información más completa y ampliamente comentada, si habla conmigo.

—No me sorprendería. Bueno, hable; ya decidiré luego si me conformo con su informe, señor Grant.

Era ya de noche cuando la conversación terminó entre los dos hombres. Naturalmente, Hyde informó, a su vez, de lo que había sabido por su parte, de modo que todos los datos conocidos del caso fueron quedando computados en las mentes de ambos investigadores…

—¿Conclusión? —inquirió Hyde, metiendo la colilla en el cenicero y cerrándolo con seco golpe.

—Puede que ocurriese algo terrible entonces, y que la señora Anderson no lo recuerde ahora —encogió los hombros Amos—. En mi opinión, deberíamos ir a visitar esta misma noche a Terence Hutchins y a Candy Owens, aprovechando que los tenemos cerca. Hutchins vive en Nueva York, y la muchacha en New Jersey. Nos quedaría por visitar a Mike Keller, pero éste vive, o vivía la última vez que la señora Anderson tuvo noticias de él, en Atlantic City.

—Podríamos llamar a la policía de allá para que se pusiera en contacto con Keller.

—Buena idea —admitió Amos—. ¿Quiere anotar las direcciones que me ha facilitado Kate Anderson?

Kester Hyde anotó en su libreta estos datos. Luego, tras quedar

pensativo unos segundos, expuso aquella idea que le estaba obsesionando:

—¿Usted conoce a alguien capaz de comerse, aunque sea en un par de horas, nada menos que dos libras de bombones?

—No, Pero tampoco conozco a nadie capaz de apuñalar a una persona y luego pincharle los ojos con alfileres.

—Buena respuesta. Apuesto a que usted quiere ir a ver a la chica, a Candy Owens.

Amos sacó la fotografía de la muchacha, la miró, miró a Hyde y guiñó un ojo.

—Me gustaría, ésa es la verdad.

—De acuerdo —rió Hyde—; creo que se lo ha ganado. ¿Qué le parece si nos encontramos a eso de medianoche en el Departamento?

Amos salió del coche, pero metió enseguida la cabeza por la ventanilla.

—Considerando que, con nuestras personas, estamos formando un solo cerebro, sargento…, ¿qué le parecería si nos llamásemos Kester y Amos, a secas?

—Ésa también es una buena idea —sonrió Kester—. Hasta luego, Amos.

CAPÍTULO IV

—Soy Amos Grant, adscrito a los servicios especiales de la policía de Nueva York. ¿Puede recibirme?

—Sí… Pase.

—Espero no molestar.

—Ha ocurrido algo malo, ¿verdad? —musitó Candice.

—Así es.

—Bien… Vamos a la salita. ¿Puedo invitarle a algo?

—Pues, sí; se me han terminado los cigarrillos.

Ella le dirigió una mirada de sorpresa, pero comprendió que él hablaba en serio, y asintió con un gesto. Cuando entraron en la salita, Amos no pudo contener un respingo… No se fijó en la televisión, que estaba encendida; ni en la librería, ni en los buenos muebles y bellos cuadros… Todo lo que vio fue aquel lienzo de pared, a su izquierda, abarrotado de fotografías de rostros de niños, en primer plano la mayor parte.

Miró a Candice, que había captado su sorpresa, y sonrió simpáticamente.

—No son míos, desde luego. Aunque sí un poquito.

—¡Ah…! Sí, claro.

—Soy puericultora, señor Grant. Trabajo en un colegio de infancia, así que los niños son mi… material de trabajo. Y no puedo evitar que muchas madres opinen que si sus hijitos me quieren, es porque hago bien mi trabajo; entonces, les hacen fotografías a sus niños, escriben ellas mismas una dedicatoria como si fuese cosa del niño, y me la regalan. Al principio, no sabía qué hacer, con las primeras fotografías. Cuando ya tuve una docena, pensé que una pared llena de fotografías de niños era una decoración adecuada para mi apartamento.

—Sí… Por supuesto. Es una idea simpática.
—Siéntese, por favor.
Amos dirigió una última mirada a los cincuenta testigos, y fue a sentarse en un sillón. Candice le tiró a las manos un paquete de cigarrillos, y se sentó delante de él, en el sofá, recogiendo las piernas, después de apagar el televisor. Se quedó mirándole, expectante, mientras Amos encendía un cigarrillo, esforzándose por no mirar la belleza de Candice Owens.
—Se trata de John Hanlon —dijo Amos, por fin.
Candice volvió a parpadear de aquel modo peculiar, eso fue todo, pero la pregunta estaba en sus grandes ojos inmóviles. Amos titubeó, pero decidió ir directo al asunto:
—Lo asesinaron anoche, señorita Owens.
—No puede ser… —dijo Candy—. ¡No!
Amos permaneció en silencio. La muchacha miró alrededor, y se abalanzó hacia el teléfono, marcando rápidamente un número. En el silencio del apartamento, incluso Amos estuvo oyendo el sonido del timbre del otro aparato, insistente, monótono. Candice pulsó la horquilla y volvió a hacer girar el disco…
—En su despacho tampoco lo encontrará —dijo Amos—. Está en la Morgue, señorita Owens.
—No debe ser él… No, no…
—Ha sido identificado plenamente.
—No… No, no…
Candice Owens era una muchacha terca, evidentemente. Tal como Amos había adivinado, llamó también al despacho de Hanlon, donde por supuesto no había nadie a aquella hora de la noche. Candice colgó el auricular, quedó de pie junto a la mesita, como hipnotizada. Se volvió de pronto.
—Quiero ir a la Morgue, para identificar a Johnny.
—Le sugiero que no lo haga. Oficialmente, eso no es necesario, y usted se ahorrará un mal rato; lo mataron a puñaladas, y luego le pincharon los ojos con alfileres, o algo parecido.
—Pe… pero ¿qué dice? —chilló Candice—. ¿Qué dice usted?
Amos Grant comenzó a arrepentirse de haber elegido a la muchacha para una entrevista. Con toda seguridad, Kester Hyde no lo estaba pasando tan mal con Terence Hutchins. Pero ya estaba allí y tenía que llegar al final.

—Hace dos meses y medio —murmuró, desviando la mirada—, en Cleveland, mataron del mismo modo a Robert Merrit.

—¡Usted está loco! —aulló ahora Candice, desencajado el lívido rostro—. ¡Es un loco que…!

—Por favor, señorita Owens. Por favor. Le ruego que se serene. De nuestra conversación pueden depender las vidas de otras personas…, incluso la de usted misma.

—¿La…? ¿Mi…? ¿Mi… vida? Dios mío, ¿de qué me está hablando usted?

—Es muy posible que mi teoría esté equivocada. En ese caso, usted podría quizá ayudarme hablando de viejos tiempos. Yo creo que alguien está, ahora, asesinando a las personas que hace diez o quince años vivieron en la Fitch Street de New Haven; ya sabe usted, los Hanlon, los Keller, los Carmody, los Hutchins, los Peabody…, los Owens… De momento, tenemos localizados con toda seguridad a dos, que son John Hanlon y Robert Merrit, asesinados. Y gracias a la señora Anderson, hemos podido situar a otros tres: usted, Terence Hutchins y Mike Keller. El sargento Hyde está ahora visitando a Hutchins, supongo. A Mike Keller lo visitará la policía de Atlantic City. Y yo he venido a verla a usted. Cuando me asegure que se ha serenado, le explicaré todo lo que sabemos hasta el momento.

Candice Owens se serenó pronto. Volvió a sentarse en el sofá, y se quedó mirando en silencio a Amos, que tras apagar el cigarrillo, procedió a la explicación. Cuando terminó, Candice había ya controlado su horror y, sencillamente, estaba atónita, estupefacta.

—Pero esto… ¡es espantoso! —exclamó por fin.

—Sí.

—¿Y qué…, qué puedo hacer yo? ¿Qué puedo hacer?

—Si no le molesta, me gustaría saber qué clase de relaciones tenía usted con John Hanlon…, y con los demás.

—No sé nada de los demás. Bueno, sólo de unos pocos. Sabía que Bobby estaba en San Diego, claro… Quiero decir que sé lo mismo que Kate…, que la señora Anderson. De Bobby, pensaba que seguía viviendo en San Diego. De Terry Hutchins, sé que está en Nueva York, pero no nos vemos casi nunca… Creo que trabaja de actor, o algo así. Con Mike Keller no tenemos trato alguno, pues su… clase de vida no me gusta. Bueno, quiero decir que no es

probable que ninguna mujer sienta interés por él…

—¿Por qué no?

—Porque él no lo siente por ellas; ya me entiende. La última vez que le vi fue aquí, en Nueva York, hace unos… tres años; y decidí que no le vería más. Me causaba tristeza ver a un amigo de la infancia viviendo de ese modo… Es cantante. Se pasa la vida viajando por el país, a veces va a Canadá… Sí, creo que tiene un apartamento fijo en Atlantic City. Hace un tiempo, cuando empezaba, Terry Hutchins estaba con él, formaban un dúo. Ya sabe, uno toca la guitarra eléctrica y el otro el órgano, o algo parecido.

—Pero ya no trabajan juntos.

—¡Oh, no! De eso hace mucho tiempo. Se enfadaron… Mike le dijo a Terry que no sabía cantar, y Terry le dijo a Mike que se podía ir al cuerno… Bueno, se enfadaron. Mike siguió su camino, y Terry se quedó en Nueva York, haciendo pequeños papeles en Broadway, o en pequeñas giras. Nada importante. Ahora hace tiempo que no lo veo, pero Johnny me dijo hace unos meses que Terry trabajaba de actor. Yo le dije que no veía su nombre en ninguna cartelera, y… y Johnny se rió, y me dijo que era mejor no complicarse la vida buscando a Terry.

—¿Por qué dijo eso?

—No lo sé.

—Usted y Hanlon se veían con cierta frecuencia, ¿verdad?

—Sí. A menudo. Era el único, de todos los que habíamos vivido en New Haven. Aquellos tiempos fueron tan bonitos… ¡Dios mío, y ahora han matado a Johnny! No…, no lo comprendo…

—Nosotros tampoco, por ahora. Es decir, tenemos esa idea de que se trata de una venganza. ¿Se le ocurre a usted algo al respecto?

—No… De verdad, no. Bueno, estaba ese enfado entre Terry y Mike, pero no le dimos demasiada importancia. Ya éramos adultos, y cada uno buscaba su camino en la vida.

—El de usted es muy bonito —murmuró Amos—. Bien… Respecto a usted y a John Hanlon, ¿había algo más que la amistad de la infancia?

—No, no. Sólo éramos amigos. Amigos de siempre. A mí me gustan las personas inteligentes, ¡y Johnny lo era tanto…! Siempre fue el más listo de todos. Pero, claro, además de eso, estaba la vieja

y entrañable amistad, que Johnny no estropeó en ningún momento. Era…, era muy cariñoso y comprensivo. Salíamos algunas veces, íbamos a cenar, o a bailar, al teatro, al cine… Cosas así.

—Entonces, ¿seguro que no había entre ustedes nada en el terreno íntimo?

—Ya le he dicho que no. En ocasiones he pensado que para Johnny yo seguía siendo la pequeña Candy…

—¿Le compraba bombones, quizá?

—¿Bombones? No… Prefiero no comerlos, porque engordan. De todos modos —sonrió tristemente—, también engordan los helados, y como Johnny sabía que siempre me habían gustado mucho, alguna vez me invitaba. Yo simulaba que me enfadaba con él…, pero me comía el helado. ¡Dios mío, qué bien se pasaba con Johnny, qué bueno era…!

Amos Grant se permitió encender otro cigarrillo del paquete de Candice, dando así tiempo a calmarse de nuevo a la muchacha, que tenía los ojos muy abiertos, como llenos de recuerdos.

—Una vez, siendo niños, claro, Mike me tiró al suelo un helado… Mike Keller, claro. Mike siempre fue el más… extraño, el más retorcido de todos. Podía haberme quitado el helado para comérselo él, pero no, lo que hizo fue tirarlo al suelo. Cuando Johnny se enteró, se fue a buscar a Mike y le dio unos buenos golpes… Vaya, me parece que fue una buena tunda. Pero no creo que eso… Bueno…

Amos negó con la cabeza.

—Suponiendo que Mike fuese tan rencoroso a través de tanto tiempo, quizá podría haber matado a Johnny, pero ¿por qué a Robert Merrit? Y del mismo modo… No creo que eso nos sirva de pista, señorita Owens. ¿Cómo eran los demás muchachos? Usted, que convivía con ellos más que la señora Anderson, debe conocerlos mejor.

—Bueno, eran niños normales, claro. Todos éramos normales, entonces. No sé… Niños normales y felices, con nuestras pequeñas tragedias o contrariedades. Niños, simplemente.

—Si lo dice usted, que se ha convertido en una profesional en ese campo, tengo que creerla. ¿Qué me dice de Henry Anderson, el hijo de Kate? Quedó inválido, ¿no es cierto?

—Ah, sí, sí… ¡Pobre Henry!

—Es de suponer que todos sus amiguitos de entonces irían a verle, a jugar con él, a distraerle…

—Sí, claro. Bueno, no siempre. Los niños son muy egoístas. Por nada especial; son así, y eso es todo. Al principio, sí, todos íbamos todos los días a jugar con Henry. Pero poco a poco las visitas se fueron espaciando. Johnny era el que le visitaba con más frecuencia. Todo terminó cuando Johnny tuvo que ir a la High School y luego a la Universidad.

—¿Usted no visitaba a Henry Anderson?

—De cuando en cuando. Le habría visitado más, quizá por querer imitar a Johnny y estar con él, pero cuando Johnny se fue, ya no estaba yo bien con Henry… Se había vuelto muy raro. Supongo que ahora debo comprender que era lógico. En sus condiciones, siempre en aquel sillón de ruedas, con una manta sobre las piernas, un muchacho no puede ser normal… Quiero decir que no puede ser igual que los demás. Era muy serio, concentrado, leía mucho… A mí me pareció que no le interesaba nada de lo que le decía, así que fui espaciando las visitas, y finalmente dejé de ir a verle. Y además, yo también tuve que ir a la Universidad… Bueno, cosas que van pasando en la vida.

—Sí. Bien, entonces quedamos en que en el terreno íntimo no había nada entre usted y John Hanlon. Perdone que insista tanto en esto, pero quiero asegurarme de que no la voy a molestar con mi siguiente pregunta: ¿tenía Hanlon alguna relación de esa clase con alguna mujer? Alguna mujer a la que sí le llevase bombones… ¿Quizá él le habló alguna vez de esto?

—En serio, no.

—¿Qué quiere decir?

—Los dos éramos muy reservados en ese sentido. Johnny me hacía bromas algunas veces, y por comentarios que le oí, sé que no eran mujeres lo que le faltaba, precisamente. Mi opinión es que las mujeres le parecían a Johnny muy divertidas y muy agradables, y nada más.

—Bien… Seguimos sin saber quién pudo ser la receptora de la caja de bombones.

—Me parece que no le he ayudado mucho, ¿verdad?

—Voy conociendo a las personas que integraban la juvenil pandilla, y eso quizá pueda llegar a ser útil. Por otra parte, mi

intención básica al venir a visitarla, era advertirla.

—Advertirme, ¿de qué?

—Insisto en que alguien se está vengando de algo. Por el momento, sabemos que no pueden ser ni John Hanlon ni Robert Merrit…, ni Henry Anderson, por supuesto, ya que murió hace años.

—¿Y de verdad cree que alguno de los que quedamos podemos haber hecho eso con Johnny y Bobby?

—Lo seguro es que alguien lo ha hecho, señorita Owens.

—Pero ¿por qué ha de ser una venganza?

—¿Qué otra cosa? Si no es eso, nada tiene sentido. Porque yo me resisto a creer que haya por ahí suelto un loco que va matando y pinchando ojos. Y me resisto sobre todo a creer que haya sido una casualidad que ese loco haya elegido como víctimas a John Hanlon y a Robert Merrit. Quien está haciendo esto, tiene algo en común con las víctimas, señorita Owens.

—Quizá tenga razón —admitió Candice.

—Yo estoy seguro de ello. Y si fuese usted, creo que tomaría medidas para protegerme. Por si acaso.

—¿Qué medidas puedo tomar? Lo único que se me ocurre es esconderme, pero ¿dónde?

—Hay miles de sitios. Pero, elija el que elija, no debe comunicárselo a nadie. Aunque sí convendría que yo lo supiese. Solamente yo, señorita Owens.

—Entiendo. Y pensaré en ello. Voy a vestirme.

—¿Abandona su apartamento ahora mismo?

—Si he de serle sincera, me ha asustado usted, señor Grant. Además, quiero ir a ver a Johnny.

—Mi consejo…

—Ya me lo dio antes; rechazado. ¿Sería tan amable de llevarme a la Morgue? Mire, señor Grant, no sólo quiero asegurarme de que es Johnny quien ha muerto, sino que me gustaría encargarme de su entierro. ¿Cree que me lo permitirán?

—Si el Departamento Forense ha terminado ya con él, no veo por qué no habrían de permitírselo.

—Y supongo que puedo contar con su ayuda para conseguirlo, señor Grant.

* * *

Kester Hyde apareció en el despacho del teniente Harold Grant casi a las dos de la mañana. Amos, que llevaba allí más de dos horas esperándole, se quedó mirando en silencio al policía, que fue directo a una silla, se dejó caer en ella y se quitó los zapatos.

Sólo entonces pareció darse realmente cuenta de que Amos estaba allí, sentado tras la mesa de su tío, ocupando su sillón giratorio. No había nadie más en el despacho.

—Estoy harto… —masculló Hyde—. ¡Harto hasta aquí!

Amos se permitió una sonrisa al ver la parte que se señalaba Hyde.

—¿No has encontrado a Hutchins?

—¡Qué demonios he de encontrar! Parece que se lo haya tragado la tierra. Aunque no debe ser eso… Sucede que donde vive él nadie tiene ni idea de sus actividades ni dónde encontrarlo.

—¿Y dónde vive? Bueno, la dirección ya la sé. Lo que te pregunto es en qué clase de ambiente y con qué clase de gente vive.

—No me digas que no conoces el ambiente y la gente de Greenwich Village —gruñó Hyde.

—Hombre, sí, en líneas generales, sí.

—Pues ése es el ambiente. Gente que vive como quiere o puede. Un edificio oscuro, de tres pisos, con seis apartamentos en total. He estado hablando con una especie de bruja gorda, que me parece que estaba fumando «hierba». La criatura más repelente que te puedas imaginar… Y a propósito, ¿has encontrado a la chica?

—Sí. Yo he tenido más suerte que tú.

—Bueno, algo es algo. ¿Qué has sacado en claro?

—Nada.

—Pues sí que estamos arreglados. Y si no has sacado nada en claro, ¿para qué has perdido el tiempo esperándome aquí?

—Eres soltero, ¿verdad?

—¿Yo? —se sorprendió Hyde—. Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—He pensado que podrías darme alojamiento por esta noche.

Hyde se quedó mirando estupefacto a Amos.

—No me digas que tú eres casado y que tu mujer te ha echado del hogar, dulce hogar. Porque si me dices eso, mis intenciones van a cambiar mucho.

—¿Qué intenciones?

—Tú no conoces a la secretaria de John Hanlon, ¿verdad? Tiene

un cabello precioso, y unos ojos de paraíso…

—Hombre, Kester, ¿te parece que estás en condiciones de pensar en esas cosas?

—No —gruñó el policía—. Pero me he pasado el día pensando en esa chica. Cierto, ni ella ni yo estamos ahora para esas cosas, pero todo pasa, y la vida sigue. Bien, ya hablaremos de esos asuntos en momentos más propicios. ¿Por qué tengo que darte alojamiento?

—He dejado a Candy Owens en mi apartamento, cerrada con llave y con el cerrojo echado, con severísimas instrucciones para que no abra la puerta a nadie más que a mí.

Kester Hyde se quedó mirando sus pies, en silencio, durante unos segundos. Por fin, asintió con la cabeza.

—Entendido y aprobado. Me parece una medida prudente. ¿Te has interesado por Mike Keller? Yo acabo de llegar.

—Fueron a su apartamento, desde luego. Pero Keller no estaba. El conserje no tiene ni idea de dónde puede estar en estos momentos: Nueva Orleans, San Francisco, Chicago, Atlanta… Siempre está dando vueltas por ahí.

—¿Tampoco sabe cuándo volverá?

—No. El conserje se cuida de tener en orden el apartamento, y de cuidar los pájaros de Keller. No sabe nada más. Cuando Mike Keller regresa, le da siempre una buena propina, y eso es todo. Lo mismo se pasa fuera dos meses como solo una semana. Desde luego, tus compañeros de Atlantic City le dejaron al conserje el encargo de que en cuanto Keller regresase le dijera que debía llamarnos.

—Bien. ¿Qué clase de pájaros tiene Keller?

—¡Y yo qué sé! He estado pensando que puesto que Keller es cantante, debe estar actuando en alguna parte, ¿no? Quizá sería buena idea pedir a toda la policía del país que lo localizasen.

—Así de fácil, ¿eh? —Chascó dos dedos Hyde—. Bueno, mañana se lo diremos al capitán Cosgrove, y que él decida. De momento, nos vamos a dormir. Supongo que tienes tu coche afuera. Maldita sea, nunca escarmiento; me quito los zapatos, y luego las paso negras para volver a ponérmelos. En fin, vamos allá.

CAPÍTULO V

Kate Anderson, Hazel, Candy Owens y Amos formaban como un bloque, cerca de los pies de la tumba. *Miss* Darrell se acercó, con los ojos enrojecidos, pero la expresión resuelta.

—Hemos decidido seguir adelante con el despacho, señor Grant. Seguirá llevando el nombre de Hanlon, si conseguimos que lo acepten. Hoy no trabajaremos, pues vamos a aprovechar que es viernes para tomamos un largo fin de semana.

—¿Van a salir de la ciudad?

—No —dijo con firmeza *miss* Darrell—. Si usted o el sargento Hyde nos necesitan para algo, todos estaremos en casa; quiero decir, cada uno en la suya. A partir del lunes, nos podrá encontrar siempre en el bufete.

—De acuerdo, señorita Darrell. Gracias por todo.

Miss Darrell movió la cabeza. Luego, tras titubear un instante, murmuró:

—No he visto al sargento Hyde por aquí.

—Está ocupado.

—¡Ah, sí!, claro. Bien…, adiós.

Kate Anderson parecía convencida de que Candy la acompañaría al apartamento de John Hanlon, pero Amos Grant la informó de que por el momento estaba precintado, y solamente la policía podía entrar allí. La mujer lo comprendió y lo aceptó.

—No piense usted, señor Grant, que Hazel y yo somos como buitres que van a ver qué pueden obtener allí. En realidad, sólo queríamos ver cómo vivía Johnny, y… quizá… Bueno, quizá encontrásemos algún recuerdo de él que la policía nos permitiese llevamos.

—Dentro de unos días nos ocuparemos de eso, señora Anderson.

Por ahora, creo que lo mejor que pueden hacer es regresar a New Haven.

—¿Regresar? Oh, habíamos pensado que podríamos pasar el resto del día con Candy…

—La señorita Owens las visitará más adelante, estoy seguro de ello. Pero, de momento, no puede atenderlas.

—¿Por qué? —se sorprendió Kate; miró a la muchacha—. Candy, ¿qué pasa?

—Nada… —consiguió sonreír Candice—. De verdad, nada. Es sólo que voy a estar muy ocupada intentando ayudar al señor Grant a localizar a Terry, Kate.

—Ah… ¡Ah, sí! ¡Me parece muy bien! Bueno —vaciló—, eso quiere decir que estarás siempre junto al señor Grant, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—La señora Anderson —murmuró Amos— conoce mi teoría de que esto puede ser una venganza de alguien, señorita Owens, y teme por usted. Pero no debe preocuparse; estará usted segura en todo instante.

Kate Anderson y Hazel Barrow se marcharon, por fin. Candy Owen y Amos quedaron solos en el cementerio.

—La acompañaré de nuevo a mi apartamento, señorita Owens.

La tomó del brazo, y caminaron en silencio unos segundos, hasta que Candy dijo:

—Esta noche casi no he dormido. He estado pensando en tantas cosas… Y he recordado algo que Johnny dijo referente a Terry Hutchins, hace algunos meses. No sé si tendrá importancia.

—¿Qué dijo?

—Habló de que Terry era un actor especial… Sí, dijo que se había especializado en unas actuaciones con las que seguramente debía divertirse muchísimo. Yo le insistí en que no veía nunca su nombre en ninguna cartelera, ni en los periódicos… Johnny rió de aquel modo amable. Dijo que no era probable que Terry hiciese propaganda en los periódicos, y menos aún en carteles de teatro, sobre su especialidad.

—Bueno…, ¿qué especialidad?

—Johnny no lo dijo; cambió de conversación.

Amos Grant movió la cabeza. A él no le parecía gran cosa aquella información. Llegaron a donde estaba su coche, y segundos

después partían hacia el apartamento del psicólogo. Durante el recorrido, estuvieron analizando las intrigantes palabras de Hanlon, pero no pudieron llegar a ninguna conclusión.

—Quizá al sargento Hyde se le ocurra algo —se dio por vencido Amos, cuando llegaban al aparcamiento subterráneo donde dejaba siempre su coche—. Llamaré al Departamento para que le pasen esta información por el radioteléfono de su coche.

Enfiló la rampa de descenso, y ya en el primer subterráneo, condujo hacia su número de estacionamiento privado… Detrás del coche de Amos entró otro, muy cerca. Amos alzó la mirada hacia el retrovisor, y vio a dos hombres en el asiento delantero, pero no les concedió la menor importancia: ni siquiera los conocía.

Segundos después, detenía su coche en la zona señalada con el número veintiuno. Paró el motor, salió del coche y caminó hacia la parte posterior, para rodearlo y abrirle la portezuela a Candy, la cual no estaba esperando tal cosa, sino que se apeaba ya.

El coche que había entrado en pos del de Amos se detuvo entonces, con suave frenazo, frente a la parte posterior del de Amos. Los dos hombres se apearon rápidamente. Dos sujetos altos, atléticos, muy bien vestidos, de facciones inexpresivas.

Uno de ellos dijo:

—Ocúpate de la chica.

Amos se detuvo en seco, y miró vivamente de uno a otro hombre. Uno caminaba hacia él, el otro hacia Candy, metiendo la mano derecha en el bolsillo del pantalón. La comprensión de lo que pretendían hacer aquellos hombres hizo palidecer a Amos.

—¡Métase en el coche y cierre! —gritó.

Candy, que se había quedado sorprendida mirando al hombre que caminaba hacia ella, respingó fuertemente al verle sacar la mano del bolsillo; se oyó un chasquido, y la aguda hoja de la navaja de resorte apareció…

—Lo que se va a cerrar va a ser tu bocaza —farfulló el otro, lanzando su puño hacia Amos.

El golpe acertó de lleno a Amos en el pecho, con tal fuerza que lo impulsó hacia atrás, y le hizo perder el equilibrio. Candy no pudo ver esto. Aterrada por la aparición de la navaja, reaccionó de pronto, metiéndose en el coche y atrayendo con fuerza la portezuela. Pero no se oyó el golpe de ésta al ser cerrada, sino un

impacto sordo, blando; el hombre había introducido la mano con la navaja, y mientras cerraba la portezuela, Candy contempló con ojos desorbitados la navaja, que saltó de la mano del hombre cuando la pesada portezuela prensó su muñeca contra el montante. Afuera, el hombre lanzó un alarido, y quedó lívido, mientras daba un tirón. La mano salió del interior del coche, y Candy cerró, bajando rápidamente el pestillo de aquel lado.

Se desplazó velozmente hacia el otro asiento, y al ver al otro hombre lanzó un gritito y bajó también el pestillo, con rápido gesto.

En ese mismo instante, el hombre lanzaba un feroz puntapié contra el estómago de Amos, que tras chocar con la pared, había resbalado por ésta hasta quedar sentado. Pese al dolor que sentía, prevaleció su instinto de conservación. Vio venir el pie, y se echó a un lado. El hombre lanzó un berrido cuando su pie se aplastó contra la pared, retrocedió enseguida con un salto sobre la otra pierna, y, al ver a Amos incorporándose, metió la mano en el bolsillo y también sacó su navaja… En ese momento, el pie derecho de Amos Grant se hundía en su vientre, con blando chasquido. El hombre lanzó un horrible alarido, se encogió sobre sí mismo y cayó de bruces…, mientras el otro aparecía corriendo por detrás del coche, con la mano derecha cobijada en el sobaco izquierdo, pero disparado como una fiera hacia Amos.

El choque entre ambos hombres fue tan fuerte que los lentes del psicólogo saltaron por el aire, mientras él volvía hacia la pared, chocando de nuevo con ésta y cayendo de rodillas… Dentro del coche, Candy Owens comenzó a tocar frenéticamente el claxon, cuyo sonido pareció capaz de perforar las paredes. Y pese a estar tocando el claxon con la mano derecha, tuvo todavía otra reacción: abrió la portezuela, impulsándola con fuerza, de modo que golpeó de lleno en el rostro del primer adversario de Amos cuando empezaba a incorporarse. Le vio caer de espaldas y cerró de nuevo, sin dejar de tocar el claxon. El hombre recogió esta vez la navaja, y de nuevo se puso en pie…

En ese instante, Amos, que se había puesto en pie más rápidamente que su otro antagonista, disparaba su puño derecho contra el rostro de éste. La barbilla crujió, como una madera seca al ser rota, y el hombre salió despedido hacia atrás, aullando, con tan mala fortuna que su espalda chocó con la punta de la navaja que

empuñaba su compañero.

El alarido de dolor hizo temblar los cristales de los coches casi tanto como el vibrante sonido del claxon. Amos, que parecía a punto de caer de nuevo, tras rebotar su puño en el rostro del hombre, consiguió mantener el equilibrio, y sus manos, ahora abiertas, se tendieron hacia los dos sujetos, como esperándolos…

—¡Vámonos! —gritó el que tenía la navaja.

Dio la vuelta, y corrió hacia su coche. El otro partió tras él, mostrando a Amos la espalda manchada de sangre. Se metieron en el coche, que pareció saltar. Los neumáticos rechinaron con fuerza sobre el pavimento de cemento mientras el coche giraba enfilando la rampa de salida…

CAPÍTULO VI

—O sea —murmuró el sargento Hyde—, que ni siquiera te fijaste en la matrícula.

—Ni se me ocurrió —negó Amos.

—Está bien. Al menos, tenemos la navaja que cayó dentro del coche, y quizá consigamos obtener huellas que sirvan para algo. ¿Recordarías a esos dos hombres, si volvieses a verlos?

—Naturalmente.

—Eso quiere decir que podrías dictar sus rostros a un dibujante del Departamento.

—Sí.

—Bien.

Hyde se apartó un paso, pasándose una mano por la boca, pensativo. El médico de la policía terminó de palpar cuidadosamente el pecho de Amos, que yacía tendido en el sofá del salón de su apartamento, desnudo de cintura para arriba.

—No se aprecia lesión alguna interna —dijo—. De todos modos, quizá convendría hacer una radiografía. Por fortuna, es usted un hombre muy fuerte, señor Grant.

—¿Puedo sentarme ya?

El médico asintió, dijo que habría que hacer una radiografía, y se fue. Amos se puso en pie, y comenzó a ponerse la camisa, ante el pasmo de Candy Owens al ver vibrar aquella musculatura.

Willy, uno de los detectives del grupo de Kester Hyde, le entregó a éste un paquete, que contenía una pistola. Hyde se la entregó a Amos.

—La vas a llevar, a partir de ahora. Te extenderemos un permiso… De todos modos, yo me atrevo a sugerirte que despejes el campo. Naturalmente, a quien querían matar era a la señorita

Owens. A ti te habrían dado una paliza, simplemente. Ahora, las cosas han cambiado. Conoces a los asesinos, y…

—Es psicológicamente imposible que esos tipos sean los asesinos que estamos buscando —negó Amos.

—¡Hombre…! —exclamó Hyde—. Yo creo que esos sujetos estuvieron en el cementerio, o cerca. Os vieron, fueron a por la señorita Owens…

—Kester, lo siento, pero no. No. Voy a hacerme una radiografía… Por el camino te explicaré la idea que estoy desarrollando. Y luego iremos a ver al capitán Cosgrove. Venga con nosotros, naturalmente, señorita Owens.

* * *

—En definitiva, es una trampa… —dijo Cosgrove—. Enviamos a la señorita Owens a casa de la señora Anderson, vigilamos la casa de modo que las tres mujeres estén protegidas día y noche, y si alguien se acerca, lo capturamos. La señora Anderson puede estar en contacto con los hombres de vigilancia por medio del adecuado equipo de radio. Cada vez que se acerque alguien, la llamarán, y si ella dice que todo está bien, pues tranquilos. ¿A usted le parece bien, señorita Owens?

—Sí. Y estoy segura de que Kate también aceptará.

—De acuerdo. ¿Se ha hecho la radiografía, Grant?

—Sí, señor. Ya la traerán. Mientras tanto, me gustaría saber si ustedes conocen a alguien que sepa todo lo que se puede saber sobre los actores que hay ahora en Nueva York. Actores especializados en no sé qué. Y que nunca aparecen anunciados en las carteleras ni en ninguna parte.

—Ése podría ser Colby —exclamó el teniente Grant.

—Es cierto… —asintió Hyde—. Voy a decirle a Willy y a los muchachos que busquen a Colby. Vamos a poner en marcha todo el mecanismo.

* * *

La radiografía, pese a cierta dificultad creada por el ya negro hematoma en el pecho de Amos Grant, no reveló lesión alguna. Amos Grant dictó los rostros de los dos hombres a un dibujante de

la policía, y, con esas fotografías-robot y la participación directa de Amos, la búsqueda comenzó en los archivos, sin resultado hasta las seis y media de la tarde, hora en que el sargento Hyde recibió una llamada.

Después de atenderla, se acercó a Amos y le tocó en un hombro.

—Deja eso, por ahora. Willy ha encontrado a Colby. Y Colby le ha dado una dirección donde quizá sepan algo de Terence Hutchins.

—¿Qué dirección?

—Está en la Segunda Avenida. El lugar se llama Special Actor's Studio.

Amos consultó su reloj.

—Quizá esté cerrado —dijo.

—Eso sólo podemos saberlo telefoneando o yendo allá.

—Nada de telefonear; vamos allá. ¿Nos espera Willy?

—Así es.

Llegaron a donde les esperaba Willy en quince minutos. Willy entró en el coche, y señaló un edificio.

—No me gusta nada ese lugar. Es sórdido… Es la clase de sitio donde vive gente que no siente simpatía por la policía.

—En ese caso —sonrió Hyde—, será mejor que Amos suba sólo a ese estudio de actores especiales. No tiene aspecto de policía, y supongo que no dirá que está colaborando con nosotros. ¿Te atreves? —Miró a Amos.

—Claro. Diré que soy amigo de Terence Hutchins, y supongo que eso simplificará las cosas.

—Ojalá. Bueno, ve allá… Si tú no consigues nada por las buenas, iremos nosotros.

No hubo necesidad. Amos fue hacia el edificio, estuvo en él casi veinte minutos, y reapareció en el portal tranquilamente, con lo que Hyde y Willy, que ya comenzaban a ponerse nerviosos, se tranquilizaron. No obstante, apenas entró Amos en el coche, se dieron cuenta de que algo extraño sucedía.

—¿Qué ocurre? —musitó Kester Hyde—. ¿Algo ha ido mal, Amos?

—No… No. Parece que tendremos alguna posibilidad de encontrar a Hutchins si lo buscamos en el Dirty Bar. También me han hablado de que tiene una amiguita, llamada Gloria.

—Bueno, no está mal… —aprobó Kester—. ¿Por qué pones esa cara?

—El Special Actor’s Studio se dedica a la producción de filmes pornográficos. Y Terence Hutchins era uno de sus… mejores actores, hasta que desapareció, hace varias semanas.

—¡Atiza! —rió Willy.

—A mí no me parece que sea cosa de risa —dijo secamente Amos Grant—. Y otra cosa, si alguno de ustedes le dice a Candy Owens a qué se dedicaba uno de sus amigos de la infancia, le rompo la cara. ¿Me explico?

—Hombre, no hay para ponerse así…

—Tranquilo, Amos —le palmeó Hyde una rodilla—. A nosotros nos repugna tanto como a ti, pero ¿qué quieres?, todo es puro asco, así que si, de cuando en cuando, no le quitamos importancia, nos moriríamos de repugnancia.

—Lo siento —musitó Amos.

—¡Bah!, no tiene importancia. Si quieres pertenecer a la policía, será bueno que aprendas a mantener alrededor de ti la coraza protectora. ¿Sabes lo que es eso?

—No.

—Te lo diré. Aunque algunas personas no lo crean, los policías somos personas como las demás. Así que, cuando ocurren cosas horribles, como lo de John Hanlon y Robert Merrit, o… simplemente repulsivas, como lo del Special Actor’s Studio, reaccionamos conforme a las circunstancias: sentimos horror, o risa, o tristeza, o asco, o lo que sea. Pero muy pronto nos damos cuenta de que si nos dejamos impresionar por todo lo que vemos, esas impresiones van a marcar nuestras vidas. Te lo diré de otro modo: si tu tío Harold no hubiese recurrido a la coraza, su vida matrimonial habría sido imposible, porque tu tía se habría vuelto loca o se habría divorciado. Puesto que no ha ocurrido nada de esto, sabemos que el teniente Grant, como todos o casi todos nosotros, ha conseguido su coraza. Eso quiere decir que, vea lo que vea durante su tumo de trabajo, hace lo posible por regresar a casa siendo siempre el mismo, siempre idéntico. Todo lo que ha visto ha

rebotado en su coraza, él lo olvida cuando termina la jornada. Llega a su casa, besa a su esposa, ve la televisión, y come palomitas de maíz con miel. Si no hiciese eso, jamás podría ser feliz.

—No debe ser fácil —musitó Amos.

—No. Sobre todo, al principio. He conocido excelentes policías que tuvieron que retirarse, porque no eran capaces de formar su propia coraza. Incluso he visto llorar a algunos.

—Es una buena lección de psicología —asintió Amos.

—Y completamente gratis —sonrió Hyde—. Bien, supongo que ahora quieres ir a ese Dirty Bar.

* * *

El Dirty Bar hacia honor a su nombre, desde luego[1]. O quizá no estaba ni sucio ni polvoriento, sino que lo parecía, debido a la escasísima, casi inexistente iluminación. Además, estaba lleno de humo, de modo que cuando Amos entró, apenas vio nada. Solamente unas manchitas rojas que se suponía eran bombillas, y que señalaban el emplazamiento de la barra del bar. Más al fondo, en el centro, había otras manchitas de luz roja, a cuyo turbio resplandor se veía un diminuto escenario en el que, en aquel momento, había tres chicas ataviadas con largos blusones tocando la guitarra. O parecían chicas. Pero quizá eran hombres con el cabello largo. O fantasmas. Cantaban con voz gutural, en tono muy bajo; en el centro del local se veía lo que Amos definió como un mar de cabezas agitándose. Nada más entrar. Amos tuvo la impresión de que acababan de colocarle unos tapones de cera en los oídos y en las fosas nasales, impidiéndole respirar.

Naturalmente, el Dirty Bar estaba en la calle Cuarenta y Dos. Y afuera se habían quedado Hyde y Willy.

Cuando llegó a la barra, Amos habría pedido una máscara antigás, pero optó por pedir una botella de agua tónica con mucho hielo. Le pareció un milagro que el camarero le entendiese. Cuando le sirvió la tónica, se inclinó, a una seña de Amos.

—Estoy buscando a Terence Hutchins. ¿Lo conoce? Vengo de parte del Special
Actor’s
Studio. Me gustaría ver a Terry o a Gloria.

—Hace días que no veo a ninguno de los dos. Muchos días. Pero

veré si puedo hacer algo por usted.

Amos deslizó unos billetes sobre el mostrador, y agarró el vaso.

—Estaré en una mesa.

—De acuerdo.

Amos cruzó el mar de cabezas, refunfuñando injustamente, pues era él quien molestaba a los que bailaban. Finalmente, llegó a una de las mesas tras las cuales había un largo banco adosado a la pared. Justo en el momento en que se sentaba, las tres chicas dejaron de tocar y se encendieron las luces; es decir, sólo tres pequeños globos de luz roja en el techo. Encendió un cigarrillo mirando a su alrededor, y finalmente hacia el escenario, hasta que se corrieron las cortinas. Seguramente lo estaban preparando para una nueva atracción.

En efecto. Hacía un par de minutos que había terminado el cigarrillo cuando los tres globos del techo se apagaron, y el local pareció quedar más a oscuras que nunca.

Casi enseguida, Amos notó que alguien se sentaba a su lado, a la izquierda. Volvió la cabeza, y miró aquel bulto, que en pocos segundos se fue concretando. Era una mujer, que le contemplaba con una fijeza hostil, agresiva. Una mujer enorme, de cabello negrísimo, más bien corto. Amos se dio cuenta de que llevaba pantalones largos, pero, en contraste, la blusa era muy escotada.

—¿Eres Gloria? —preguntó.

—No. Me llamo Charlotte. Pero puedes llamarme Charly.

—De acuerdo, Charly. Lo único que quiero es un poco de información.

—¿Vas a darme dinero?

—Gánatelo. Aunque sólo sea hablando.

—Amiguito, ya que tan listo eres, y parece que has adivinado cuál es mi profesión, sabrás también que nosotras siempre cobramos por anticipado.

Amos se resignó. Sacó un rollo de billetes, separó unos cuantos y los metió en el escote de Charlotte.

—Tengo toda la información que quieras —dijo ella—; pero habrás de darme más billetes.

—Cincuenta más —metió Amos otros.

—Vaya, ¿qué te parece? Pregunta, querubín…

—Muy bien, ¿dónde te parece que puedo encontrar a Terence

Hutchins, por ejemplo?

—En el apartamento de él no está —dijo Charlotte—. Tampoco está en el mío, o sea, en el de Gloria… Ella y yo vivimos juntas, ¿comprendes? Si estuviese en Nueva York, yo lo sabría. Como no lo sé, es que no está en la ciudad. Entonces, está fuera, ¿no?

Amos miró torvamente a la mujerona. En ese momento, las diminutas bombillas que había tras la barra del bar se apagaron también. La oscuridad fue total, absoluta. Amos adelantó una mano rápidamente, y asió por la muñeca a Charlotte justo cuando ella se ponía en pie precipitadamente, por supuesto dispuesta a marcharse.

—Charly, Charly… —susurró Amos—. ¿Quieres que te rompa el brazo, Charly? Vamos, no seas tramposa. Te he pagado, ¿no?

Charlotte se sentó. Una luz espectral iluminó el local, procedente del escenario. Allá había ahora cinco o seis *seres* extraordinarios, que sí parecían fantasmas de verdad. Iban vestidos completamente de blanco, y aquella luz los convertía en fosforescentes, como si fuesen espinas de pescado en la oscuridad. La luz fantasmal comenzó a destellar, como en relámpagos, al mismo tiempo que comenzaba la enloquecedora música; por delante de la mesita que ocupaba Amos comenzaron a verse manchas blancas moviéndose. Era una locura.

—¡Me estás haciendo daño! —gritó Charlotte.

Amos tiró hacia abajo, obligándola a sentarse de nuevo.

—¡Dime dónde están!

—¡No lo sé seguro, pero sólo se me ocurre que pueden estar en la cabaña! ¡Suéltame!

—¿Qué cabaña?

—¡No sé dónde está!

—¡Vamos, dime la verdad! ¿Dónde está?

—¡Te juro que no lo sé! ¡Eres un cer…!

Charlotte ya no dijo nada más. Amos notó la súbita tensión de su cuerpo, la vibración en el brazo. Como quiera que estaba mirando su rostro de color violeta y rojo en rapidísimos cambios, vio perfectamente cómo su ojo izquierdo reventaba. Lo vio perfectamente, como en una horrible pesadilla que le paralizó, le dejó helado, aterrado. Charlotte se ladeó, y quedó apoyada con el otro lado de la cara en la pared acolchada.

«¡Choc!», oyó entre su rostro y el de Charlotte, en la pared, el

impacto de la segunda bala. Y sólo entonces comprendió lo que había ocurrido.

Soltó el brazo de la mujer, y se apartó rápidamente, deslizándose por el diván.

—¡Las luces! —gritó—. ¡Enciendan todas las luces!

—¿Dónde están las luces? —aulló—. ¡Vayan a encenderlas, pronto! ¡Han matado a Charly!

La mujer le miraba con los ojos muy abiertos, violeta y rojo su rostro, en velocísima sucesión. Por un instante, pareció que la música le había impedido oír a Amos, pero, de pronto, miró a la mujer, que seguía apoyada con una mejilla en la pared, lleno de sangre ahora el lado izquierdo del rostro. La muchacha comenzó a gritar, poniéndose en pie. Alguien más gritó. Amos gritaba también a todo pulmón, exigiendo que se encendieran las luces. La orquesta de fantasmas dejó de tocar de pronto.

—¡Las luces! —gritó una vez más Amos, sacando la pistola—. ¡Enciendan todas las luces! ¡TODAS!

Tras el mostrador, vio perfectamente la silueta de uno de los camareros, desplazándose. Un instante después, en el techo se encendían los tres globos rojos… y otros seis, de luz normal. Amos se abría paso entre las personas que ocupaban la pista, y que al ver la pistola comenzaron a gritar y a apartarse a toda prisa.

Entonces, lo vio.

Lo vio de espaldas, apartando a empujones a unos muchachos, caminando con prisa frenética hacia la puerta. Lo reconoció en el acto: era uno de los dos hombres que aquella mañana habían querido matar a Candy Owens en el estacionamiento.

—¡Deténgase! —gritó—. ¡Deténgase o disparo!

El hombre volvió la cabeza, pero no se detuvo. La gente se había apartado con una prisa increíble, gritando, atropellándose unos a otros. Amos alzó más la pistola, apuntó a la espalda del hombre y disparó.

Retumbó el disparo en el local, provocando el pánico, el caos definitivo. La bala pasó por encima de la cabeza del hombre, y rebotó con agudo tañido. El hombre salió del local. Cinco segundos más tarde, lo hacía Amos, pistola por delante. En la calle, algunos de los clientes del Dirty Bar que habían precedido al hombre y a Amos, corrían, gritando, causando el estupor entre los transeúntes.

Amos miraba a todos lados, crispado el rostro…

—¡Amos! —Oyó la voz de Kester Hyde—. ¡Amos, cuidado…!

Entonces vio al hombre en la calzada, corriendo, haciendo señas con los brazos en alto.

—¡Allí, Kester! —gritó.

El policía desvió unos pocos grados la dirección de su marcha, corriendo hacia la calzada mientras sacaba la pistola. Un coche frenaba en aquel momento espectacularmente junto al hombre, que se metió dentro; en el acto, el coche reanudó la marcha, como saltando, chirriando los neumáticos, y pasó por delante de Amos, recién llegado a la calzada. Pasó tan cerca, en su intento de aplastarlo, que lo habría conseguido si el psicólogo no hubiese saltado hacia atrás, pegándose de espaldas a uno de los coches estacionados. El coche casi lo tocó, y pasó friccionando fuertemente a dos coches, haciendo crujir la carrocería de los tres, arrancando pintura, adornos, manecillas de las portezuelas…

Kester Hyde retrocedió, metiéndose entre dos coches, un poco más allá. Esperó a que el coche pasase, saltó de nuevo a la calzada, y alzó la mano derecha, estirando el brazo, sujetándose la muñeca con la mano izquierda…

¡*Crack*, *crack*, *crack*…!

Con el segundo disparo, se oyó también el estampido de un neumático, al reventar. El coche siguió alejándose, describiendo una línea ondulada, durante sesenta o setenta metros más, perdiendo velocidad. Subió a la acera de la izquierda, rebotó, y se estrelló contra la fachada de una casa, muy cerca del portal, con estrépito de plancha retorcida, mientras la portezuela derecha se abría y un hombre salía despedido, rodando por la acera, perdiendo la pistola, que se deslizó hacia el bordillo.

El hombre se puso en pie, tambaleante, mirando a todos lados, aturdido…

—¡Quieto! —Le llegó la voz de Hyde.

El hombre miró hacia allí, y vio al policía corriendo hacia él, todavía a unos cincuenta metros. Dio la vuelta y echó a correr, alejándose. Hyde se detuvo, y volvió a alzar la pistola…, pero bajó la mano enseguida, pues algunos transeúntes se detenían en la acera, como petrificados, mirando al hombre que corría. Por la derecha, Hyde vio aparecer a Willy, cruzando la calle, mirando

desconcertado hacia el coche estrellado contra la pared.

—¡Willy! —aulló Hyde—. ¡Por ahí va!

En alguna parte sonaban silbatos policiales. Hyde vaciló, volvió la cabeza, y vio a Amos, corriendo hacia él. Se guardó la pistola y alzó una mano, deteniendo a Amos cuando llegó a su altura.

—Si hay posibilidad de alcanzarlo, Willy lo hará. Vamos a ver al otro.

Alrededor del coche había ya muchas personas, cambiando excitados comentarios. Hyde los apartó, y se detuvo junto a la portezuela izquierda. La abrió, y se quedó mirando al hombre que yacía despatarrado en el asiento ante el volante, con la cabeza colgando hacia atrás sobre el respaldo, y una sangrante brecha en la frente. Amos lo apartó a él, y puso dos dedos en un lado del cuello del hombre, mientras contemplaba su rostro desencajado. Era el que se había clavado en la espalda la navaja de su compañero al retroceder impulsado por el puñetazo de Amos; todavía se veía claramente el hematoma en la barbilla…

—Está vivo —dijo.

—No —negó Hyde—. Está muerto.

Amos le miró, con el ceño fruncido.

—Oye, recuerda que soy médico. Si yo digo…

—Se trata, precisamente, de que digas que está muerto.

Amos parpadeó. No comprendía. Pero acabó por asentir.

—Bueno, pues está muerto.

Willy regresó cinco minutos más tarde, jadeando, perlada su frente de finas gotas de sudor. Y regresó solo, así que no hacían falta explicaciones.

La ambulancia llegó medio minuto más tarde que Willy.

CAPÍTULO VII

Amos tomó una tostada y la mordió.

—Kester, ¿no deberíamos llamar para saber cómo están las cosas?

—Ya he llamado. De algún modo tenía que aprovechar las dos horas de sueño que te llevo de ventaja.

—¿Qué te han dicho?

—El sujeto sigue en *shock*. Si se hubiese golpeado un poco más fuerte en la frente, estaría muerto. Tiene rotos tres dientes, el tabique nasal y cinco costillas. Pero saldrá de ésta. Y pronto podrá hablar.

—¿Oficialmente está muerto?

—Así es.

—¿Por qué?

—El otro escapó, cosa que me temía. Era un tipo muy alto, fuerte, ágil… Ni yo habría podido alcanzarlo. Bien, puesto que escapó, estará mucho más tranquilo si cree que su compinche ha muerto que si sabe que está vivo. Los muertos no hablan. Así pues, en cuanto el sujeto despierte, le pediremos, *por favor*, que nos diga dónde está el otro. Y una explicación del asunto, claro.

—Me parece una buena jugada, si el otro se deja engañar.

—Todo se está haciendo de modo que parezca verdad que el sujeto ha muerto. A propósito, se llama James Skinner, según consta en su permiso de conducir. ¿Te dice algo ese nombre?

—No.

—A nosotros tampoco. Ni al FBI. No estaba fichado, ni se sabe nada de su lugar de procedencia. Por supuesto, es un profesional del crimen… Lo que no comprendo es que por la mañana sólo utilizasen navajas y por la noche utilizasen una pistola…

—¿Qué me dices de Charly? —Se estremeció Amos.

—Hombre, por Dios… ¿Qué quieres que te diga? La bala le perforó el cerebro, y le salió por encima de la oreja derecha.

—La verdad es que no tengo mucho apetito —musitó Amos, dejando la tostada.

Hyde le miró con el ceño fruncido, cogió la tostada y se la puso en la mano.

—Come. No permitas que tu coraza se resquebraje. Tienes que comprenderlo de una vez, Amos. Además, sabemos algunas cosas de esa mujer. Era una zorra miserable, así que el mundo no ha perdido gran cosa. Por cierto, ¿sabes que hubo una buena redada en el Special Actor’s Studio? Yo la sugerí.

—Pero… ¿no decías que te había hecho gracia?

—En lo personal, y referente a tu visita al estudio, me hizo mucha gracia. Por lo demás, aquello era un antro de lo más repugnante. Encontraron un *fichero* de *actores*. ¿Te escandalizarás si te digo que hemos conseguido las fichas de *actrices* que aún no habían cumplido los quince años?

—¡Dios…!

—El mundo es una pura mierda, muchacho. Ya ves, estamos investigando los asesinatos que comete un chiflado que se dedica a pinchar ojos con alfileres, y nos sale al paso una organización de pornografía y una de crímenes por encargo. Y espera; ya veremos qué más lindezas encontramos. ¿Sigues queriendo ingresar en la policía?

—Más que nunca.

—¡Bien! —rió Hyde—. Para celebrarlo, vamos a desayunar en serio. Yo siempre lo hago aquí mismo, en la cocina. ¿Te va bien?

—Claro.

Se sentaron los dos, y Hyde sirvió dos huevos fritos a Amos, acompañados de un enorme bistec.

—La salsa, a tu gusto. Y ahora, escucha: ¿no te has detenido a pensar por qué quisieron matarte anoche? Y esta vez no querían matar a tu enamorada, eso está claro.

—¿Mi enamorada? ¿Qué enamorada?

—Hombre, no me digas que no te diste cuenta de que la bella

señorita Owens te miraba tiernamente. La dejaste turulata, muchacho.

—No digas tonterías —gruñó Amos.

—He visto esa misma mirada en los ojos de otras chicas, Amos. ¿Por qué quisieron matarte? ¿No te lo has preguntado?

—Sí. La primera vez, quisieron hacerlo con navajas para que, al hacer lo mismo con Candy Owens, todo tuviera sentido. Pero ya te dije que aquellos tipos no eran los asesinos de Merrit y Hanlon. Luego, me estuvieron vigilando, para matarme como fuese, porque los había visto. Por fortuna, no podrán acercarse a Candy Owens. Y ahora que sólo queda uno, menos aún.

—¿Uno? Vamos, querido, vamos… Si son lo que pensamos, deben haber muchos más hombres esperando su tumo para entrar en acción. Al pobre James Skinner le llegará pronto el relevo. Pero eso ya se irá arreglando por sí solo, te lo garantizo. Ahora, después de darte la razón en tu opinión sobre esos dos sujetos, pasemos a la siguiente pregunta: si primero matan a Merrit y a Hanlon, otras personas, con… comodidad, recreándose luego en pincharles los ojos…, ¿por qué no han sido esas mismas, o esa misma persona, quienes han querido matar a Candy Owens? ¿Por qué, primero, trabaja personalmente, sin duda recreándose en su venganza…, y luego deja ésta en manos de un par de profesionales del crimen?

Amos se metió un trozo de carne en la boca, y sólo después de haberla tragado movió negativamente la cabeza.

—No lo sé.

—Pues si encontrásemos una respuesta a eso, quizá entraríamos en el buen camino. Mi opinión es que el asesino está en dificultades para seguir matando, pero que, puesto que no piensa renunciar a su venganza, ha contratado a esos dos canallas. ¿Qué dices tú?

—Podría ser. Pero, Kester, hay muchas personas que pueden ser el personaje central en esto, y a ninguna de ellas la tenemos localizada. Ni siquiera a Keller, ni a Hutchins. Por lo tanto, tienen libertad de movimientos. Y por otra parte, entre la muerte de Merrit y la de Hanlon pasaron dos meses y medio. ¿Por qué apresurarse ahora?

Kester Hyde se rascó la coronilla, y se quedó sin saber qué decir, así que se dedicó a comer. Durante un par de minutos, los dos se dedicaron a hacerlo, en silencio.

—Creo —dijo de pronto Amos— que deberíamos apresuramos a encontrar a Mike Keller y a Terence Hutchins, ya que, hasta que ese Skinner despierte, no podemos hacer otra cosa. De acuerdo a nuestras respectivas posibilidades, tú podrías dedicarte a buscar a Mike Keller, y yo a Hutchins.

—Lo de Keller, movilizando a la policía de todos los estados, quizá sea posible. Pero ¿cómo esperas encontrar a Hutchins?

—Tengo una pequeña pista… Charly habló de una cabaña.

—¿Un motel?

—No, no, no… Habría hablado de un motel, entonces. No. Se trata de una cabaña a la que, al parecer, Hutchins había ido con anterioridad bastantes veces, con su amiguita Gloria. Desde luego, yo no tengo ni idea de dónde pueda estar esa cabaña, pero quizá Candy Owens sepa algo.

—Vaya… —sonrió Hyde—. ¡Eso significa que quieres ir a verla! ¿De verdad crees que ella sabrá algo?

—John Hanlon le habló a Candy Owens en algunas ocasiones sobre Terence Hutchins. Es evidente, ahora, que Hanlon sabía que su amigo de la infancia se dedica a la pornografía, en directo, y filmada. ¿Por qué no podría saber Hanlon también algo de esa cabaña, y haberlo comentado alguna vez con Candy Owens? Ella no lo ha recordado hasta ahora, pero quizá lo recuerde si yo menciono una cabaña.

—Demonios… ¡Eso sí que es coger la pista por el rabo!

—Puede dar resultado, ¿no?

—Lo que sí es seguro —rió Hyde— es que no perderás nada por ir a echarle un vistazo. Bueno, hombre, ve para allá. Yo avisaré para que los hombres que están vigilando no te confundan con Drácula y te conviertan en un colador.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Mejorarás mucho cuando termines de desayunar y te afeites. Y si continúas sin ponerte unos lentes, apuesto a que la señorita Owens te mirará con cara de corderito degollado.

—Tonterías… —masculló Amos—. ¡Tonterías tuyas!

* * *

—Buenos días, señora Anderson. Buenos días, señorita Owens.

—¡Ah, señor Grant!… —Se adelantó Kate Anderson—. ¡Qué

sorpresa tan agradable!

—¿Han encontrado a Terry? —preguntó Candy.

Amos la miró un tanto especulativamente. Por supuesto Candice Owens estaba preciosa. Parecía un auténtico angelito, dulce y cálido, de mirada celestial. Pero, en aquella mirada celestial, Amos no encontró ni la más remota expresión de admiración o inclinación hacia él. El maldito Kester se traía un pitorreo de los buenos, claro.

—No. Pero, haciendo indagaciones, conseguí algunos detalles que quizá nos ayuden a encontrarlo. Con su colaboración, señorita Owens.

—¿Mi colaboración? —Parpadeó la muchacha—. No creo saber nada, pero estoy a su disposición, señor Grant.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Kate Anderson—. Si quiere tomar algo, señor Grant, Hazel se lo servirá con mucho gusto. ¿Verdad, querida?

—Claro… —sonrió la gordita Hazel—. Claro que sí.

Amos miró su reloj. Eran las once y media.

—No, gracias Si acaso, más tarde. Señorita Owens —la miró después de sentarse todos—, ¿le habló alguna vez John Hanlon de una cabaña a la que pudiese ir Terry Hutchins?

—¿Una cabaña? No… No lo recuerdo, al menos. ¿Por qué?

—¿Quizá mencionó el nombre de una muchacha llamada Gloria?

—No, no.

—Bueno, según parece, Hutchins se ausentaba de cuando en cuando de Nueva York, y se iba con esa muchacha llamada Gloria a una cabaña. No sabemos si es alquilada, o propiedad de él o de ella.

—¡Espere! —exclamó Candy—. ¡Oh, sí, quizá la cabaña sea, ahora, de Terry!

—¿Qué cabaña?

—¿Lo recuerda, Kate? —Miró Candy a la señora Anderson—. Los Hutchins tenían una cabaña cerca de Waterbury, junto a un lago… Ellos vivían aquí, en New Haven, pero el padre de Terry siempre decía que cualquier día se mudaría a Waterbury, pues así estaría más cerca de la cabaña. Ésta era una especie de desgracia que Terry tenía siempre pendiente, pues él no quería marcharse… ¿Lo recuerda?

—Pues no sé, querida… Lo que sí sé es que cuando los Hutchins

se fueron de aquí, no se instalaron en Waterbury, sino…

—¡Pero la cabaña estaba allí, cerca de Waterbury! ¡Tenían una cabaña, estoy segura!

—Bueno, no recuerdo… Lo que sí recuerdo es que los Hutchins se fueron a vivir al Sur. A Georgia, creo. Y en ese caso, no dudo que Peter Hutchins debió vender esa cabaña.

—Quizá no la vendió. Y quizá Terry la ha estado utilizando desde que llegó a Nueva York. No está a más de ciento veinte millas.

—De aquí a Waterbury deben haber unas cuarenta —calculó Amos—. ¿Recuerda dónde estaba esa cabaña, señorita Owens?

—No… No exactamente, al menos. Pero estuve algunas veces allá. En el verano, Terry nos invitaba a todos a pasar el día allí, pescando y jugando. Pocas veces, porque su padre se ponía nervioso con tantos niños alborotando por allí, y decía que espantábamos la pesca… La cabaña estaba junto a Quassapaug Pond, muy cerca del agua. ¡Oh, estoy segura de que sabría ir allí!

—No quisiera molestarla —dijo Amos—, pero es una oportunidad de encontrar a Terence Hutchins. Si no está en esa cabaña, mala suerte; pero debemos intentar avisarle de lo que puede ocurrirle. De todos modos, quizá si conseguimos un plano podrá indicarme el camino, y así no tendría que molestarse, señorita Owens.

—No es molestia. La verdad es que tengo ganas de hacer algo… ¡Y no sabría explicarle el camino sobre un mapa! Ahora no sé si habrán construido alguna carretera, pero entonces no la había. Teníamos que ir por un camino de tierra, bastante difícil. Lo mejor es que vaya con usted, señor Grant.

—Bien… Claro, por mí no hay inconveniente. Tendré mucho gusto en invitarla a almorzar por el camino.

—Seguramente, lloverá —dijo Hazel.

—Tengo el coche afuera, *miss* Barrow —le sonrió Amos.

—Va a ser incómodo buscar un sitio donde almorzar, si empieza a llover. Yo podría prepararles una cesta con comida.

—De ninguna manera —protestó Amos.

—Usted, señor Grant, es un ingrato —sonrió Kate—. ¿No se da cuenta de que Hazel se siente encantada cuando le ve, y que quiere retenerle un poco más? Por otra parte, jamás habrá probado

bocadillos como los que prepara Hazel.

—Bueno… De acuerdo —sonrió Amos—. Muchas gracias. Saldremos en cuanto la cesta esté preparada.

CAPÍTULO VIII

—¡La cabaña! ¡Ahí está!

—¿Dónde? Yo no veo nada…

—Sí, sí, sí… Siga, señor Grant; estamos llegando.

—Magnífico.

Era cierto. Amos vio la cabaña un par de segundos más tarde. Y diez segundos después, detenía el coche ante ella. No muy cerca, porque delante de la puerta habían tres amplios escalones con el borde formado con un tronco. Eran lo bastante altos para impedir la subida del coche, que quedó en un trozo de terreno llano y despejado, que parecía bastante consistente.

A través de la espesa lluvia, Amos Grant estuvo mirando la cabaña. No era más que eso, una pequeña cabaña que podía ser utilizada como refugio temporal por cazadores y pescadores. A la derecha había un cobertizo con techo de uralita, dentro del cual a Amos le pareció ver una barca, colocada con la quilla hacia arriba. También creyó ver viejos neumáticos, una pila de leña cortada…

—Debemos estar muy cerca del lago —dijo—, porque veo una barca. ¿O son visiones?

—No —rió Candice—. Es una barca. Seguramente, es la misma barca que utilizaba el señor Hutchins para ir a pescar.

—Quizá nos sea de utilidad para regresar a la carretera.

Candice volvió a reír. Parecía realmente feliz, y Amos lo comprendió. Allí, en aquel lugar, años atrás, Candice Owens debía haber pasado horas muy felices con sus amigos de la infancia. Miró de nuevo hacia la casa. La puerta estaba cerrada, desde luego. Esto era normal. También las ventanas estaban cerradas, pero solamente con cristales. No vio tras éstos contraventanas de madera. Alzó la mirada hacia el techo, pero no vio humo que saliese de la

chimenea. Y tampoco había luz, lo que a su juicio demostraba que no había nadie en la cabaña, ya que, aun suponiendo que la electricidad no llegase hasta allí, se podían utilizar quinqués de gas.

—Parece que no hay nadie.

—Quizá hayan salido, y la lluvia los haya sorprendido.

—Si Terence Hutchins estuviese aquí veríamos su coche, supongo.

—Deben estar utilizándolo.

Amos Grant comprendió: Candice Owens quería entrar en la cabaña. Ya que estaba allí, quería verla, recordar cosas.

—Dejaré el coche un poco más adelante, por si realmente viene alguien, que tenga espacio para dejar el suyo —murmuró—. Luego, iré a echar un vistazo. Creo que será mejor que usted permanezca en el coche, de momento.

Adelantó el coche, paró el motor, y se dispuso a apearse. Aunque de buena gana se habría quedado allí, escuchando la lluvia musical sobre el techo del vehículo. Había que tomar una decisión, sin embargo. Abrió la portezuela, salió, la cerró rápidamente, y corrió hacia la cabaña, saltando ágilmente por los amplios y altos escalones. La distancia recorrida fue apenas de ocho metros, pero cuando se detuvo ante la puerta, estaba empapado. Ni siquiera se entretuvo en llamar. ¿Para qué, si la lógica decía que no había nadie allí dentro?

Se deslizó hasta delante de una de las ventanas, se protegió el puño con el pañuelo, golpeó el cristal izquierdo inferior, rompiéndolo. Metió la mano dentro, encontró el cierre, y un instante más tarde, la ventana estaba abierta. Saltó al interior de la cabaña, cerró la ventana, y se volvió. La oscuridad era prácticamente total allí dentro.

—¿Señor Hutchins? —llamó.

Estuvo alrededor de un minuto inmóvil, mientras la vista se le iba acostumbrando a la penumbra. Todo lo que podía distinguir eran algunos contornos. Una mesa, un sofá, un par de sillones, una chimenea, unas literas a su derecha… Se acercó al sofá, se secó las manos en él, y sacó el encendedor. La pequeña llamita le mostró pocas cosas más de las que ya había vislumbrado. Sobre la repisa de la chimenea vio un quinqué de gas.

«Esperemos que funcione», pensó.

Funcionaba. Una luz amarilla se expandió por la cabaña. Era de una sola pieza, rústica en verdad, pero tenía un ambiente muy agradable. Un lugar ideal para los fines de semana con buenos amigos, o, en todo caso, con agradable compañía. Posiblemente, esto era lo que solía hacer Terence Hutchins. Suponiendo que realmente hubiese estado utilizándola…, y que todavía fuese de los Hutchins. Había que arriesgarse.

La cerradura de la puerta era muy sólida, como toda la cabaña. Vieja, rústica, sólida. No podría abrirla por sus propios medios. Pero, a la derecha de la puerta, colgando de un simple clavo, vio una llave herrumbrosa. La descolgó, y tras vacilar, procedió a limpiarla con una hoja de una revista que encontró sobre un sillón, desprendiendo la herrumbre con fuertes fricciones. Luego, la llave cumplió su cometido.

Abrió la puerta, y la cortina de agua apareció ante él.

—¡Señorita Owens! —gritó.

Veía el coche, como una sombra. Le pareció imposible que Candice le hubiese oído, pero se equivocó.

—¡Diga, señor Grant!

—¡He abierto la puerta! ¡Pero será mejor que espere en el coche unos minutos, está lloviendo demasiado!

No recibió respuesta; mas, como el que calla otorga, cerró la puerta, convencido de que Candice se quedaría en el coche. Hacía frío allí dentro. O quizá la culpa la tenían sus ropas empapadas. Se quitó la chaqueta, y se acercó a la chimenea. Al lado de ésta habían algunos troncos, secos, polvorientos. Magnífico. Cogió el resto de la revista, y comenzó a arrancar hojas, arrugándolas y colocándolas en el lar…

La puerta se abrió de pronto. Fue como si una andanada de frío húmedo golpease a Amos en la espalda. Cuando se volvió, Candy Owens estaba cerrando de nuevo, envuelta en agua.

—¡Por Dios, qué manera de llover! —exclamó la muchacha.

Amos corrió hacia ella, y le arrebató la cesta con la comida preparada por Hazel Barrow.

—¡Qué imprudencia! ¡No ha debido hacerlo, señorita Owens!

—No tiene importancia —sonrió ella, mirando alrededor—. ¡Oh, todo está igual! ¡Igual… Igual… Igual…! ¡Menos esa piel de oso!

Dejando un rastro de agua, Candice se acercó a la piel de oso

extendida delante del sofá, a la que Amos no había prestado atención. Candice se acuclilló, la acarició con sus mojadas manos, y miró a Amos, sonriendo.

—Me parece que no es de oso. Bueno, ¿qué más da? ¡Vamos a esperar a Terry aquí, señor Grant! ¿Le parece bien?

—Me parece bien, y conveniente —asintió él—. Por nada del mundo volvería a ir con el coche por esos ríos de barro. Voy a ver si consigo encender el fuego, o nos quedaremos helados.

Se dedicó a ello, abstrayéndose completamente. Cuando ya el fuego estaba en marcha, se irguió, volviéndose hacia Candy, cubierta por una manta. Ella rió, y señaló sus prendas tendidas sobre la mesa.

—Será mejor que usted también lo haga, o va a pillar una formidable pulmonía. He encontrado algunas mantas… Se me está ocurriendo que podríamos colocar la piel de oso delante del fuego y comer aquí. ¿Qué le parece?

—Me parece bien.

Después de colocada la piel de oso bien extendida, Candice se sentó ante el fuego, de espaldas a Amos, que se desnudó y se envolvió con una de las mantas… Fue entonces cuando se fijó en el pequeño mueble librería, con un par de cajoncitos. Los abrió. Había dos o tres libros llenos de fotografías, algunas revistas, un pequeño magnetófono a *casetes*, y algunos de éstos; pero las pilas del magnetófono estaban agotadas. Dos de las revistas eran tan sólo de un mes atrás.

Cuando miró los álbumes de fotografías soltó un respingo, y se sobresaltó tanto que el que tenía en las manos cayó al suelo.

Candice volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Nada… Nada —se apresuró a recoger el libro Amos—. Nada, de veras.

Lo dijo con tal entusiasmo que Candy se levantó, fue allá y tomó el álbum, pese a la resistencia de Amos. Cuando vio las fotografías se mordió los labios, y miró vivamente a Amos.

—Lo siento. Por eso no quería que las viese.

—Lo comprendo. Verdaderamente, enlodan algo tan bello, sencillo y limpio como debe ser el amor.

—¡Ah…! ¿Usted cree?

Candy alzó los brazos, se colgó del cuello de Amos, y susurró:

—Pues sí, lo creo... ¿Y tú qué crees?

* * *

Candice apartó sus labios de los de Amos, y suspiró.

—¿Qué hora es?

—Las seis. Llevamos aquí más de cuatro horas. Ya no llueve, así que podemos volver.

—¡Oh, no! —protestó ella—. Sólo una hora más, mi amor. Hasta que la ropa esté seca del todo.

—Bueno —sonrió Amos—, pero en ese caso habrá que ir a buscar más leña al cobertizo.

—Será mejor que traigas mucha, por si se pone a llover de nuevo y tenemos que pasar aquí toda la noche. ¿Qué te parecería?

—No sé. La verdad es que la idea de volver a meter el coche por esos caminos de barro no me parece acertada. Pero tenemos que volver, claro.

—No veo por qué. Tenemos fuego y comida. ¿Qué más se puede pedir?

—Pues no sé —sonrió de nuevo él—. De momento, asegurémonos de que tenemos leña.

Se alzó de sobre la piel de oso, se envolvió bien en la manta, metió los pies en los zapatos, todavía húmedos y fríos, y salió de la cabaña, corriendo hacia el cobertizo.

El cielo se había despejado bastante, pero, además, la luz que emergía por las ventanas de la cabaña proporcionaba un leve resplandor. A este resplandor, Amos Grant vio aquello que le sorprendió: la barca, colocada con la quilla hacia arriba, no llegaba a tocar el suelo de tierra con la borda; parecía como suspendida en el aire unos tres o cuatro centímetros. Sorprendente.

Se acuclilló junto al casco, y pasó la mano por el hueco, deslizándola de derecha a izquierda, buscando algo que mantuviese la barca en alto.

Y lo encontró.

Tocó algo, pero no supo qué. Así que asió la borda con ambas manos, y tiró hacia arriba, incorporándose, al mismo tiempo que se preguntaba si realmente la curiosidad es una de las cualidades de las personas inteligentes...

—¡Dios mío! —exclamó al ver lo que había debajo de la barca—. ¡Santo Dios…!

CAPÍTULO IX

La barca había sido apartada, colocada fuera del cobertizo. La luz de la potente linterna podía así iluminar de lleno lo que Amos Grant había visto: los dos cadáveres en corrupción avanzada, rígidos, tiesos como tablas secas.

Los dos yacían boca arriba. Ella tenía sobre la boca un trozo de esparadrapo reseco y arrugado, los ojos muy abiertos, como bolitas de cristal que se estuviesen deshaciendo, y el cuello y el pecho llenos de un polvillo oscuro que no era más que sangre reseca. Él estaba cosido a puñaladas, de arriba a abajo, era evidente. Sus ojos también estaban abiertos, y, como los de la muchacha, parecían bolitas de cristal que se iban disolviendo, con una opacidad aterradora.

La luz se acercó más. Una voz se oyó en el cobertizo:

—Es de suponer que la autopsia podrá determinar si sus ojos fueron pinchados. Habrá que mover estos restos con mucho cuidado… Me da la impresión de que van a convertirse en polvo en cuanto los toquemos. ¿Estás seguro de que es Hutchins?

—¿Quién, si no? —contestó otra voz en la oscuridad—. Lo podrás reconocer por las fotografías, de todos modos. Y ella tiene que ser Gloria, su amiguita.

—¿Los ha visto la señorita Owens?

—No. En realidad, no le dije lo que había visto. Sólo le dije que teníamos que marchamos enseguida, así que fuimos a Middlebury, te llamé desde allí, y te esperé. Candy estaba muy molesta, pero finalmente tuvo que comprender que algo ocurría, y ya lo acepta todo.

—Incluidos esos horribles viajes por caminos de barro. Hubo un momento en que pensé que no llegaríamos, Amos.

—Pero habéis llegado, incluso con la furgoneta. ¿Vais a tomar huellas, fotografías y todo eso?

—Habrá que hacerlo…, aunque los dos sabemos que no servirá de nada. Estoy pensando en los cadáveres: si los metemos en la furgoneta de la Morgue, van a llegar en pedazos a la carretera, con todos esos baches del camino… Y yo quiero que lleguen como están a manos del forense, para saber si les han pinchado los ojos.

—Claro que se los habrán pinchado, hombre.

—Quiero estar seguro. Así que tendrán que ser transportados en camillas hasta la carretera. Dentro de poco, habrá cuatro hombres que nos estarán maldiciendo toda su vida.

—Bueno: nosotros tenemos nuestra coraza, ¿no es así?

—Veo que vas aprendiendo la lección. Ve a la cabaña, yo daré las órdenes oportunas y me reuniré con vosotros cuando termine. No toquéis nada más.

—Bien.

—Empezad con las fotos —dijo Kester Hyde—. Tened mucho cuidado con todo. Primero, los cadáveres, porque quiero levantarlos en cuanto sea posible. Necesitaré cuatro hombres y dos camillas para llevarlos hasta la carretera. Debemos…

Amos Grant no oyó nada más, porque entró en la cabaña. Afuera, comenzaron a encenderse linternas, luces de coches, y potentes reflectores a baterías. La investigación técnica comenzaba.

Candy estaba sentada en un sillón. Alzó la cabeza, miró a Amos, y luego volvió a mirar hacia el fuego, que se estaba consumiendo de nuevo. Amos echó algunos troncos, y se sentó en el otro sillón, delante de Candice.

—Debes estar cansada, con tantos viajes por ese camino… Lo mejor sería que te llevase a casa de la señora Anderson.

—No. No quiero separarme de ti. Ya se lo he dicho a Kate por teléfono desde Middlebury.

—Candy, en casa de…

—¿Era Terence? ¿Era él?

—Lógicamente, debe serlo. Y la chica debe ser su amiga Gloria, claro. Vamos, Candy, éste no es sitio para ti. Ni siquiera para mí. Ni tú ni yo podemos hacer nada.

—No me separaré de ti.

Amos se resignó. Comprendía que Candice estuviese asustada.

Lo que unos días antes parecía una teoría más o menos discutible, se convertía ya en una realidad indiscutible: alguien estaba matando al grupo de amigos de la Fitch Street de New Haven. Y siempre, del mismo modo. ¿Cuánto tiempo debía llevar muerto Terence Hutchins? Por lo menos, cuatro semanas. Como a Robert Merrit, como a John Hanlon, alguien había cosido a puñaladas a Terence Hutchins. Pero ¿por qué allí, en la cabaña? Bien, seguramente, habían citado a Hutchins allí, y éste, con toda tranquilidad, decidió aprovechar el viaje para llevarse a su amiguita, y quizá hacerse unas cuantas fotografías más. Lo cual le había costado la vida a Gloria… Gloria, ¿qué? Bien, su apellido no importaba. Lo cierto era que la habían matado, degollándola. Luego, habían ocultado los dos cadáveres bajo la barca. Sólo la casualidad, realmente, había determinado que los cadáveres fuesen descubiertos.

¿Por qué tenía la muchacha una tira de esparadrapo en la boca? Parecía que la hubiesen amordazado así, antes de degollarla. En cambio, no lo habían hecho con Hutchins. ¿Por qué?

Amos miró su reloj de pulsera. Las once y veinte de la noche. Miró de nuevo a Candice, que continuaba con la mirada fija en el fuego. Sí, ella estaba muy asustada. No quería separarse de él, pero él no podía aceptar eso. Todavía había un asesino suelto, que sabía que cualquiera de los dos podía identificarlo. Eso aparte de que seguramente la orden de matarlos seguía vigente.

Kester Hyde entró en la cabaña, seguido de Willy. Lo estaban llenando todo de barro, pero era inevitable.

—Creo que deberíais marcharos, Amos.

—Lo estaba pensando —admitió Amos—. Pero si hay algo que pueda hacer, dímelo.

—Absolutamente nada. ¿Te quedarás en New Haven?

—No lo sé.

—Lo mejor que podríais hacer los dos es pasar la noche en el Departamento, en Nueva York. Es el sitio más seguro.

—¿Por qué dices eso?

—Con todo esto, he olvidado decirte algo sobre nuestro amigo James Skinner. Recobró el conocimiento esta tarde, y sostuvimos una pequeña charla, por el momento. Pequeña, pero instructiva.

—¿Qué te dijo?

Hyde miró a Candice, pero ésta captó el gesto, y saltó:

—Tengo derecho a saber lo que sea sobre un hombre que quiso matarme, ¿no le parece, sargento?

—A veces es mejor permanecer en la ignorancia, señorita Owens.

—Yo no lo creo así. A mí me gusta afrontar todas las realidades.

—Muy bien, como quiera. —Hyde se sentó en el centro del sofá, y encendió un cigarrillo—. James Skinner es un asesino profesional, desde luego. Su sistema de contratación es muy simple: él llega a una ciudad, y pone un anuncio en varios de los periódicos más importantes. El anuncio dice, por ejemplo: «Harry, he llegado: llámame al SOX 3981». Una vez puesto el anuncio, se dedica a vivir tranquilamente. Pero, en determinado momento, sus servicios son necesarios. Entonces, alguien que por supuesto no se llama Harry, llama al SOX 3981, y claro, dice que es el tal Harry. La conversación es siempre breve: se limita a mencionar a la persona o personas que deben ser eliminadas, dónde viven o dónde pueden encontrarlas, y, en este caso, el modo en que deben matarlas. Eso es todo.

—¿Cómo, todo? —exclamó Amos.

—Todo. James Skinner no tiene ni idea de quién le ha dado la orden. Tiempo atrás, Skinner se encontró una nota en su hotel. La nota le indicaba que fuese a determinado teléfono público. Allá, Skinner recibió una llamada, haciéndole la oferta: ¿quería trabajar para la organización? ¿Sí? Bueno, pues todo lo que tenía que hacer era esperar a recibir instrucciones, siempre por teléfono. La organización, naturalmente, no emplea personal que ya esté fichado por la policía, el FBI, etcétera. Un buen día, Skinner recibe una llamada telefónica: tiene que presentarse en Nueva York, y anunciarse. Nada más. Cuando termina el trabajo, vuelve a su hotel, y espera. Un día o dos más tarde, llega un paquete para él, conteniendo el dinero convenido. Fin.

—Pero… Bueno, ese Skinner debe saber algo más…

—No. Incluso niega conocer el nombre de su compañero de trabajo. Y debe ser cierto, porque si le hemos apretado las clavijas lo suficiente para que nos diga esto, comprenderás que nos habría dicho también el nombre de su compañero. No lo sabe, de veras.

—Bien… Eso quiere decir que mientras ese otro sujeto esté libre, Candy y yo corremos peligro, ¿no?

—Eso no me preocupa demasiado, ya que el tal sujeto debe estar ahora acorralado, muy preocupado. Seguramente, lo cazaremos… Al menos, eso espero. Lo que sí me preocupa es encontrar a la persona que encargó el trabajo a la organización. Si lo conseguimos, todo terminará.

—Hombre, claro. Si atrapamos…

—No. No lo has entendido. Amos. Te lo explicaré: la persona que quiere que alguien sea asesinado, debe obtener una información previa respecto al lugar donde debe buscar un asesino. Hay sitios que muchos de nosotros conocemos. Pero, allí, nunca ocurre nada. Nunca. No hay contactos de ninguna clase. Sin embargo, alguien se fija en la persona no habitual que acude a ese lugar. Vamos a suponer que eres tú. Bien, vas allá, te dejas ver, y te marchas. Cuando regresas a tu apartamento, suena el teléfono. ¿Señor Grant? ¿Necesita usted algún servicio? Tu respuesta es que sí. ¿Nombre de la víctima, lugar donde vive, cómo localizarla? Das el nombre, y eso es todo.

—¿Sin pagar?

—Sin pagar —sonrió secamente Hyde—. Y es fácil de comprender. Pagar, significa establecer alguna clase de contacto con la organización. Supongamos que yo pretendo obtener una pista, y me hago pasar por alguien que desea que una persona sea asesinada. Soy un policía. Naturalmente, organizaría las cosas de tal modo que cuando alguien recogiese el dinero, el cheque, o lo que fuese, ese alguien quedase bajo control. Por medio de ese alguien, vigilándolo adecuadamente, la policía podría ir escalando posiciones, hasta llegar a alguien importante de la organización… Así sucede en las películas, y así sería. Pero, no en este caso. Si no cobran, no hay contactos, por tanto no hay pistas para el policía espabilado que haya querido hacer el truquito. Primero, la organización mata a la persona señalada. Luego, pasa a cobrar.

—Pero… ¡Demonios, creo que entiendo! No parece razonable que el policía que haya querido conseguir una pista, lo haga a costa de ordenar el asesinato de nadie, ¿verdad?

—Exacto. Y ése es el único medio. Así pues, primero matan, con lo que se convencen de que el cliente es auténtico, pues, como he dicho, yo no encargaría el asesinato de nadie… Saben, por lo tanto, que el cliente es auténtico, porque han matado a la persona

señalada por él. Luego, en el momento oportuno, pasan a cobrar. Por otra parte, evidentemente, esta gente tiene buen olfato… Quiero decir que, poniendo las cosas muy al estilo telefilme, yo podría encargar el asesinato de una persona maldita, que no mereciese vivir, y que ese asesinato podría considerarse como… una aportación útil de esa persona nociva para la sociedad. Pero, claro, comprenderás que la policía no puede hacer eso.

—No, claro… Si se llegase a hacer, sería terrible.

—Por supuesto. Pero, volvamos a vuestra seguridad personal. La organización no se arredra por nada. Como saben que aunque detengan a sus *empleados* nunca los encontrarán a ellos, continúan adelante. Y así, van enviando asesinos contra la víctima señalada hasta que acaban con ella…

—¡Pues sí que tenemos un gran porvenir!

—Espera. Ya te he dicho que hay una oportunidad: encontrar a la persona que encargó el asesinato. No nos puede caber la menor duda de que la organización tiene vigilada a esa persona. Si ve que la policía la detiene o la mata, inmediatamente desisten del asesinato encargado. ¿Para qué, si no van a cobrar?

—Entonces, tenemos que encontrar a esa persona…, ¡que es la misma que ha cometido estos asesinatos personalmente!

—Lógicamente, sí. Ahora, yo tengo dos preguntas a las que no encuentro ninguna explicación. Una: ¿quién se comió dos libras de bombones? Dos: ¿por qué una persona capaz de matar a tres hombres y a una mujer recurre, en determinado momento, a esa organización? Sabemos que no es por prisa. No, no tiene prisa. Entonces, ¿por qué?

—A la primera pregunta no se me ocurre cómo contestar —dijo Amos—. La respuesta a la segunda, parece evidente: el asesino no está en condiciones de seguir actuando.

—Vamos, vamos… Hace tres noches, mató a John Hanlon. Y no tenemos ni idea de quién puede ser. Puede seguir actuando con toda tranquilidad, Amos.

—Entonces, no sé. Pero si quisieron matar a Candy utilizando a dos asesinos profesionales, tiene que ser por eso.

—Quizá. Bien: ¿qué te parece mi idea del Departamento?

—Muy buena —murmuró Amos Grant, mirando de reojo a Candy.

* * *

A las diez y media de la mañana siguiente, domingo Kester Hyde apareció en el despacho del teniente Harold Grant, que estaba conversando con Candice y Amos. El capitán Cosgrove había decidido tomarse en serio lo de que el domingo es un día para descansar, y no había aparecido por allí, aprovechando que Harold Grant, por supuesto, sabría muy bien qué hacer en todo momento.

—¡Demonios! —exclamó Amos—. ¡Pareces más muerto que vivo!

—Es una broma muy graciosa —sonrió de lado Hyde, que estaba sin afeitar, y era la personificación de la fatiga física—. ¿Cómo habéis pasado la noche vosotros?

—Muy tranquila.

—Bien. —Hyde se dejó caer en una silla—. Tengo en marcha un proyecto que me gustaría que se cumpliese cuanto antes…

—¿Quieres café? —propuso el teniente Grant.

—No, porque eso quizá estropease mi proyecto.

—¿El café? ¿Qué proyecto es ése?

—Hablemos primero del trabajo. Claro está, los cadáveres eran de Terence Hutchins y Gloria… Gloria Meadows, por cierto. Ya veremos si investigándola a ella sacamos algo en claro, aunque no lo creo. Debemos centrar las investigaciones en Hutchins, y en los del grupo de amigos de la infancia de la señorita Owens. Bien… Parece ser que llevaban muertos cuatro o cinco semanas. Lo sabremos casi con exactitud cuándo revisemos los ficheros del Special Actor's Studio y veamos cuál fue el último día en que Hutchins y la chica estuvieron por allí. Aunque eso no importa demasiado, a fin de cuentas. Huellas: nada que nos sirva, aunque se está intentando. Se me ocurrió que Hutchins y la muchacha no habrían llegado allí a pie, así que pensé dónde podría estar el coche. ¿Y saben dónde estaba?

—En el lago —murmuró Amos.

—¿Cómo lo sabes? —Se pasmó Hyde.

—No lo sabía. Se me ha ocurrido.

—Pues sí, señor, en el lago. Deben estar sacándolo, ahora. Ya veremos si sirve de algo. La policía local va a abrir una

investigación por allá, a ver si alguien recuerda haber visto a Hutchins y a la chica, y, a ser posible, a otra persona que fuese con ellos, o estuviese en la cabaña. Por allí van algunos pescadores, así que quizá obtengan algo. Conseguimos llevar los cadáveres digamos… intactos a la carretera. De este modo, sabemos que los ojos de Hutchins fueron pinchados, en efecto.

—¿Y los de Gloria Meadows?

—No. Los de ella, no. Supongo que esto puede ser una buena pista para ti, Amos.

—Ya no. Sabemos que los objetivos son los muchachos de la pandilla de entonces. Gloria Meadows no pertenecía a esa pandilla. La mataron porque estaba allí, pero nada más. ¿Por qué crees tú que la amordazaron, Kester?

—No sé. También tenía señales de haber estado maniatada.

—¿Y Hutchins no?

—No, él no.

—¿Qué? —Miró el teniente a su sobrino—. No dirás que no te estamos dando una buena oportunidad, Amos. ¿Qué tienes que decir?

—Por ahora, nada. Tendré que pensar.

—Estupendo —se frotó las manos Hyde—. Y mientras tú piensas, yo voy a poner en marcha mi proyecto.

—Bueno, dinos de una vez qué proyecto es ése.

—Dormir. Dormir como una marmota hasta que reviente. A menos que tu tío tenga algo que oponer —miró al teniente.

—Claro que no —rechazó el propio Harold Grant—. Tómate todo el tiempo que quieras, Kester. Todo el domingo, si quieres.

* * *

Veinte minutos más tarde, Kester Hyde introducía el llavín en la cerradura de la puerta de su apartamento. Tuvo que insistir varias veces antes de conseguir abrir.

—Estoy tan dormido que no veo ni mis narices —farfulló.

Entró, y empujó la puerta con un pie. La puerta no se cerró, como siempre, con el conocido chasquido del pestillo, sino que rebotó. Hyde se volvió, la empujó con fuerza, y el pestillo cedió por fin, encajando en la ranura del quicio.

—¡Maldita puerta!

Se volvió, dio un par de pasos, y se detuvo de pronto, en seco, inclinándose hacia delante. ¿La puerta? La puerta había funcionado siempre estupendamente. No es que se hubiera fijado en ello, sino que, precisamente, nunca se había fijado en ello por la razón de que siempre había funcionado como debía funcionar. ¿Por qué no seguía funcionando bien?

Kester Hyde se despejó bruscamente de su somnolencia. Le dolía todo el cuerpo, especialmente los pies. Estaba agotado, sucio, destrozado… En todo su cuerpo no había ya más energía que la necesaria para llegar al dormitorio. Menos una parte muy importante de su cuerpo: el cerebro.

Lentamente, sacó la pistola. Su mirada, alerta ahora, se tendió pasillo adelante. Tenía los pies como clavados al suelo. Los doloridos y maltrechos pies llenos de barro.

El silencio era total. Uno de tantos tranquilos domingos neoyorquinos. Escasa circulación, poca gente, pocos ruidos… Tampoco se había detenido nunca a reflexionar sobre esto. Los domingos eran así, y eso era todo. ¿Le había dejado su llavín a Amos, y éste, que no conocía la cerradura, podía haberla estropeado un poco? No. No le había dejado el llavín. Seguro: no. Además, Amos no era precisamente torpe. ¿Qué había pasado con la cerradura? ¿Alguien había estado allí, en el apartamento, durante su ausencia? ¿Alguien que no había utilizado llavín, sino una ganzúa?

Kester Hyde se pasó la mano libre por la barbuda barbilla.

Estuvo así, inmóvil, más de dos minutos. De pronto, dio media vuelta, abrió la puerta, esperó dos segundos, y la cerró, con fuerza, deslizándose inmediatamente, en silencio, hacia el breve ángulo del pequeño recibidor. Ya no veía el pasillo.

Pasaron los segundos. Diez, veinte, treinta… Un minuto. Minuto y medio…

Y de pronto, al fondo del pasillo, el sonido, aquel leve roce, que se repitió enseguida. Kester Hyde notó cómo se le erizaba el vello de la nuca, y la corriente de frío en su espalda. El roce se repitió. Unos segundos de silencio. Luego, se oyó de nuevo. Era el roce de unos zapatos en el suelo. Los dedos de Hyde apretaban con fuerza la culata del arma. Había un hombre allí… Había estado esperando en el saloncito. Había entrado utilizando una ganzúa, se había

escondido, había esperado… Ahora estaba en el pasillo, mirando desconcertado, quizá desconfiado, hacia la puerta. No podía ver a Hyde, ni Hyde a él. El hombre miraba hacia la puerta, preguntándose por qué Hyde había entrado y luego se había marchado. Quizá se estaba preocupando. Por lo menos, estaba pensando. ¿Cuánto tiempo estaría allí, mirando hacia la puerta? ¿Qué haría luego? ¿Caminaría hacia la puerta, para marcharse, temiendo que Hyde hubiese comprendido algo? ¿O regresaría al saloncito, para seguir esperando? Esperando…, ¿a quién? ¿Al sargento Hyde?

Al sargento Hyde, no. Estaba esperando a Amos Grant. Sí, tenía que ser eso. El hombre sabía que los dos habían pasado allí dos noches, y mientras estuvieron juntos, no se atrevió a atacar. A Amos Grant preferían cazarlo cuando estuviese solo, sin la ayuda de un policía que sabía disparar de verdad. Pero las cosas se habían complicado. Ahora, el hombre estaba solo, sabía que lo conocían, sabía que Amos Grant se le estaba escapando, que no iría a su apartamento. ¿Adónde iría Amos Grant? Al apartamento de Hyde. Allí podía matarlo, y matar también a Hyde si era necesario, favorecido por la sorpresa. Y al mismo tiempo, ¿dónde podría estar más a salvo de las pesquisas de la policía que en el apartamento del sargento?

Sí.

Eso era.

Kester Hyde ya no tenía sueño. Ni estaba cansado. Estaba tenso, despierto, alerta…

El roce de los pies volvió a oírse. No hacia la puerta del apartamento, sino alejándose.

Kester Hyde se movió velozmente. Se colocó de modo que veía el pasillo, extendiendo el brazo armado. El hombre se estaba volviendo, para regresar al saloncito, pero todavía vio aparecer a Hyde, respingó, inició la vuelta…

—¡Quieto! —gritó Hyde—. ¡Arriba las manos!

Demasiado tarde, Hyde se dio cuenta de que el hombre tenía todavía la pistola con silenciador en la mano derecha, y que la estaba moviendo velozmente, mientras se volvía.

¡Plop!, chascó el disparo efectuado por el asesino.

¡Crack!, restalló el efectuado por Hyde, al mismo tiempo que

éste lanzaba un aullido al recibir el impacto en la pierna derecha, en el muslo.

Cayó hacia atrás, sentándose duramente, rebotando. El asesino también había lanzado un berrido, y tenía la mano izquierda apretándose el vientre. Pero la derecha alzaba de nuevo la pistola, y sus ojos se clavaban en Hyde, como perforándolo.

¡Crack!, disparó, de nuevo, el policía.

La frente del hombre crujió, la cabeza fue zarandeada, el cuerpo salió despedido hacia atrás, y la pistola salió despedida hacia el techo, donde chocó, para volver a caer, con fuerte estrépito, mientras el asesino terminaba su recorrido deslizándose por el suelo, con los pies apuntando hacia Hyde.

Se quedó así, y eso fue todo.

El policía se quedó mirándole, todavía temiendo que pudiese reaccionar, cosa que no sucedió. Afuera, en el pasillo de los apartamentos, se oían voces excitadas…

Poco después, sonaba el timbre de la puerta, y una voz de hombre llamaba a Hyde, a gritos. Éste guardó la pistola, intentó ponerse en pie, y cayó de lado, quedando con la cara vuelta hacia el asesino.

—¡Maldito bastardo! —jadeó.

Se arrastró hasta la puerta, y abrió, advirtiendo que estaba en el suelo, y que tuviesen cuidado. Sólo habían tres vecinos, uno de ellos una muchacha con la cara llena de crema y el pelo lleno de ricitos; los otros dos eran el viejo matrimonio Parsons. Los tres lo miraban aterrados.

—Entren —pidió Hyde—. Tienen que ayudarme a llegar al teléfono. *Y* por favor, no toquen nada.

Segundos después, desencajado el rostro sudoroso, Hyde estaba sentado en uno de los sillones, en contacto telefónico con el Departamento de Policía.

—Soy Hyde, de Homicidios: póngame con el despacho del teniente Grant.

CAPÍTULO X

Estaba seguro de que ya había visto aquello antes de ahora: simplemente, un techo blanco. Se quedó mirándolo, con ojos inmóviles. Sí…, eso era, había despertado antes, pero se había quedado dormido de nuevo. Los recuerdos acudieron velozmente. Estaba en una clínica, por supuesto. Exacto: ya le habían operado.

Movió la cabeza hacia la izquierda, y vio a Willy, sentado en una silla en incomodísima postura, a punto de caer, dormido. El buen Willy…

—¿Cómo se siente?

Hyde volvió la cabeza hacia la derecha, y quedó estupefacto. Pero comprendió enseguida: estaba todavía dormido, bajo los efectos de la anestesia, y estaba soñando. Eso era: soñando. Pero era un sueño muy bonito. Casi parecía real, ya que cuando *miss* Darrell se inclinó hacia él y puso una mano en su frente, Kester sintió el fresco y suave contacto. ¡Qué sueño tan bonito!

—Me parece que no tiene fiebre —dijo *miss* Darrell.

Hyde posó la mirada en los grandes ojos brillantes de la muchacha. Pues sí, señor: allá estaban.

—¿Estoy despierto? —Oyó su propia voz, como lejana.

—Eso parece —sonrió *miss* Darrell—. Es la tercera vez que despierta.

—Ya… ¿Qué día es hoy?

—Domingo. Son las seis y media de la tarde.

—Entiendo. Señorita Darrell: tiene usted unos ojos muy bonitos.

—Lo sé —sonrió ella.

Kester movió las manos, y se las pasó por la cara. Frunció el ceño al notar la barba.

—¿Lo maté? —susurró.

—Sí.

—¿Y mi pierna? ¿Todavía la tengo?

—Claro que sí. Pronto empezará a dolerle. Tengo que avisar para que le administren un calmante. Me lo dijo la enfermera. Pero todo va bien; la bala no tocó ningún hueso.

Hyde notó movimiento a su izquierda, y miró hacia allí. Willy estaba de pie, junto a la cama, mirándolo.

—¿Cómo está, señor? —preguntó.

—¿Qué haces tú aquí? Aparte de dormir en una silla, se entiende.

—Pues… Bueno, no sé… Aquí estoy.

—Vete a dormir. A una cama, Willy. *¿Okay?*

—¡Oh!, todavía puedo…

—Creo que no soy un tipo mandón, ¿verdad? Pero voy a darte una orden: lárgate a tu cama, *ahora.*

—Bueno… Realmente… ¿Cómo se encuentra?

—Mal. Pero no mejoraré porque tú estés sentado ahí como un fantasma. Adiós, Willy… Y gracias.

Willy vaciló todavía un par de segundos. Por fin, encogió los hombros, se tocó la frente con dos dedos, y se dirigió hacia la puerta. Cuando ésta se cerró, Hyde volvió la cabeza hacia *miss* Darrell.

—Comprenderá usted que no iba a desaprovechar la ocasión de estar los dos a solas, señorita Darrell.

—Será por poco tiempo —sonrió ella—. Voy a avisar para que le inyecten un calmante, sargento Hyde.

—¿Cuál es su nombre?

—Prudence.

—Prudence… Me gusta. Bueno, supongo que, realmente, necesito ese calmante, pero espere un poco. ¿Qué hace usted aquí? Tiene que informarme antes de que vuelvan a dormirme.

—El señor Grant me llamó. Me dijo que el teniente Grant no podría estar con usted, que él tenía que marcharse de Nueva York, y que quizá yo sería tan amable de hacerle compañía.

—Ese Amos es un fenómeno, en cuestiones de psicología… ¿Marcharse de Nueva York? ¿Adónde? ¿A New Haven?

—No. El hombre llamado Mike Keller llamó desde Atlantic City, diciendo que el conserje le había dado el recado para que llamase al

Departamento de Policía de Nueva York preguntando por el sargento Hyde. Y como usted no podía ir, el señor Grant lo hizo. Se fue con la señorita Owens, para que le facilitase la entrevista con Mike Keller. Creo que son amigos.

—Sí… Bueno, más o menos. ¿De modo que Keller ha regresado de su gira artística? Bueno, algo es algo. ¿Usted tiene frío?

—No.

—Entonces yo no debo estar muy bien, porque sí tengo…

Prudence Darrell se puso en pie, y salió rápidamente del cuarto. Regresó tres minutos más tarde, acompañada de una enfermera y un médico, que examinó rápidamente a Hyde. Luego, miró a la enfermera, asintió, y ésta inyectó el sedante al policía, que seguía mirando hacia el techo, inmóvil. Después del pinchazo, miró a Prudence.

—¿A qué hora se fue Amos?

—Debían ser las cuatro.

—En ese caso, deben estar ya en Atlantic… City… Ca… racoles, qué…, qué sueño tan…, tan rico siento… Me voy a quedar… dormido como…, como… llegando Atlantic City…, ojos pinchados, o… ojos pin… cha… dos… Amos debe…

* * *

Amos Grant detuvo el coche delante del edificio, miró el número de la fachada, y asintió.

—Aquí es.

Se apearon los dos. Amos cerró el coche, y se volvió a mirar hacia el mar. Mike Keller vivía en el 588 de Ocean Avenue, un lugar estupendo, frente a la playa. El edificio era lujoso, aunque no realmente elegante; esto lo percibía Amos en algunos pequeños detalles de la fachada, y del vestíbulo.

—Parece que a tu amigo le van bien las cosas.

Candice no contestó. Entraron en el vestíbulo, y el conserje acudió a su encuentro. ¡Ah, sí!, el señor Keller había regresado a primera hora de aquella tarde, en efecto. Apartamento
8 A.
¿A quién debía anunciar?

—Candy Owens y Amos Grant. Empezamos a subir.

Se metieron en el ascensor cuando el conserje se dirigía hacia el

teléfono interior. Octavo piso. Apartamento 8 A.

La puerta se abrió en cuanto tocaron el timbre, y Mike Keller hizo su *entrada en escena.*

—¡Mi querida Candy! —gritó, abriendo los brazos.

Amos se quedó estupefacto mirando a aquel mamarracho. Vestía un pijama de seda roja, y encima un batín de lamé plateado que hacía daño a los ojos. Sus cabellos eran muy largos, rubio teñidos, y los había rociado con un perfume que a Amos no le pareció en modo alguno símbolo de la masculinidad. Era bastante guapo, había que admitirlo, pero tenía las cejas perfectas, el rostro rasurado como si hubiese utilizado una guillotina a la que no podía escapar ni el más diminuto pelo; por supuesto, se depilaba.

Keller estaba abrazando a Candy, y Amos se fijó en sus uñas de esmalte transparente. ¡Santo cielo…!

—Y usted, claro, es el señor Grant… ¡Por favor, pasen, pasen!

Amos aceptó la mano de Keller, que le pareció blanda y demasiado fina. Hacía falta estar tonto para no darse cuenta de que aquel hombre era un tipo equivocado de los pies a la rubia cabellera. Pero en fin, allá él.

—Tengo champaña en el frigorífico —dijo Keller—. Espero que les guste.

—Bueno, señor Keller, en realidad sólo hemos venido a explicarle algo que está sucediendo, a fin de…

Estaban entrando en el salón, amplio, con un enorme ventanal a través del cual se veía el mar. Amos quedó pasmado ante el desorbitado lujo del lugar.

—Le gusta, ¿eh? —rió agudamente Keller—. ¡Todos los que vienen aquí se quedan boquiabiertos, como usted! ¿Qué le parece?

—Bueno… Realmente…

—Parece una jaula para furcias de lujo —dijo Candice.

Mike Keller se echó a reír, divertidísimo.

—¡Mi pequeña Candy…! ¡Qué cosas se te ocurren! ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos? ¿Un año, dos tres…?

—Menos tiempo del que yo quisiera. Mike, ¿por qué esto? ¿Qué te ha pasado, qué has hecho con tu vida?

Mike Keller se quedó mirando fijamente a Candy, serio, de pronto.

—Te diré lo que estoy haciendo con mi vida, pequeña Candy: la estoy viviendo, eso es todo.

—Precisamente de eso quería hablarle, señor Keller —intervino Amos—. Han ocurrido cosas que creo debe saber, pues tengo la certeza de que le afectan a usted…, o le afectarán.

—¿Para bien o para mal?

—Es muy posible que alguien intente matarle.

Mike Keller palideció. Se quedó mirando a Amos, aterrado.

—Está bromeando —tartamudeó.

—No.

Se quedaron los tres en silencio. Keller se pasó la lengua por los labios, siempre mirando fijamente a Amos. No, no estaba bromeando, era evidente.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué he hecho yo? ¿Quién quiere matarme?

—Eso lo ignoramos señor Keller. En realidad, usted podría ser un buen sospechoso.

—Sospechoso, ¿de qué?

—De ser quien está matando a sus amigos de la infancia.

La mandíbula inferior de Keller quedó colgando, en muestra de estupefacción.

—Usted está loco —tembló su voz—. ¡Está loco!

—De acuerdo. En ese caso, vamos a pensar en el modo de que a usted no le ocurra lo mismo que a Robert Merrit, John Hanlon y Terence Hutchins.

—¿Los han matado? —Se tornó aguda la voz de Keller.

—Así es. Luego, les pincharon los ojos con alfileres, o algo parecido. ¿Le sugiere esto algo?

Mike Keller palideció aún más. Retrocedió un paso, luego otro…, y seguramente, habría caído si Amos no le hubiese sujetado por la ropa. Tuvo que ayudarlo a llegar a un sillón, donde Keller se dejó caer, y escondió el rostro entre las manos. Estaba aterrorizado. Amos localizó el bar, y le sirvió un trago de *whisky*. En el nuevo silencio, volvió a oír, lejano, aquel trino melodioso. Sí, lo estaba oyendo desde que había llegado, realmente.

Le tendió el vaso a Keller.

—¿Qué es eso que se oye? —preguntó.

—Son…, son mis pájaros…

—Ah, sí. El conserje me dijo que tenía usted pájaros.

—Son…, son casi todos ruiseñores… Tengo…, tengo algunos del Japón… Son unos pajaritos diminutos, muy… muy graciosos, muy bellos. ¿Le gustaría verlos?

—Quizá en otro momento, señor Keller. Ahora…

—Le ruego que venga a verlos ahora. Sí, por favor, vengan… Vengan los dos.

Keller los llevó a una habitación donde había una gran jaula con muchos pajaritos, todos ellos preciosos. Sus trinos resultaban, ahora, atronadores. La jaula colgaba de un gancho clavado en el techo, y era tan grande que dentro de ella podía caber incluso un hombre.

—Parece mentira que un animalito tan pequeño tenga una voz tan potente, ¿verdad? —dijo Keller—. Yo he aprendido mucho de ellos. A cantar, quiero decir… Son mis maestros. A veces, me siento aquí, delante de la jaula, horas y horas. Luego, cuando salgo a cantar por ahí, intento imitar estos trinos, pero, claro, casi nunca lo consigo. Bueno, no hay ser humano que pueda lograrlo, ¿comprende? El más grande cantante del mundo no es más que un…, una bestia de voz ronca al lado de mis ruiseñores. Pero yo sigo intentando imitarles, y quizá…, quizá algún día lo logre.

—Me alegraría por usted, señor Keller. Bien, ya hemos visto sus pájaros. Ahora, quisiera aclarar…

—Espere.

Keller abrió la jaula, metió una mano dentro, y la tendió hacia uno de los ruiseñores, que no se movió. Solo, cuando la mano se cerró sobre él, dejó de cantar. Keller cerró la jaula, y tendió la mano hacia Amos.

—Tómelo, señor Grant. No tema, no le hará usted daño. Tómelo con cuidado, pero con firmeza. Por favor.

Amos se las arregló para encerrar en su mano al pajarillo, que temblaba. Aquel diminuto corazón estaba latiendo a una velocidad de vértigo, palpitaba todo él a un ritmo que seguramente un corazón humano no habría podido soportar. Por supuesto, el animalito estaba asustado. Amos Grant sentía una extraña sensación notando en su mano aquel menudo cuerpo multicolor y tembloroso. Podía apretar la mano, y aquel cuerpecillo quedaría convertido en un guiñapo. Era tan pequeño, tan indefenso, que podía romperle el cuellecito con un solo dedo.

—Es muy bonito —acabó por sonreír—. Pero le estamos…

—Es ciego.

—Vaya… Bueno, lo siento, pobre animalito…

—Todos están ciegos.

Amos quedó atónito. Al mismo tiempo, Candice lanzaba una exclamación de horror, y retrocedía un paso. Amos la miró, y la vio demudada, con las manos ocultando a medias su horrorizada expresión.

—Bueno, es una desdichada casualidad que…

—Nada de casualidad: yo los he dejado ciegos a todos.

—¿Qué dice? —Palideció Amos.

—Sí. Los pajaritos cantan mejor, cuando están ciegos. ¿No lo ha oído decir nunca? Así que yo iba cegando a éstos a medida que los iba comprando. Pero no han sufrido, no… Antes se hacía con alfileres, pero es mucho más considerado hacerlo con fuego. Se pone al rojo vivo una varilla de hierro, y se pasa por delante de los ojos del pájaro, una y otra vez. Hay que saber hacerlo, porque si no, se le queman los ojos, y no se trata de eso, sino de dejarlos ciegos, nada más. Cuando se sabe hacer, esto se consigue enseguida, sin sufrimiento para los pájaros. Luego, éstos cantan, cantan, cantan… Cantan cada día mejor, cada día con trinos más hermosos, y…

Los oídos de Amos Grant se cerraron, de pronto; sencillamente, se negaron a escuchar. Candice había retrocedido hasta la pared y seguía ocultando el rostro con las manos, sollozando, gritando algo. Mike Keller seguía delante de Amos, hablando. Hablando en vano, porque Amos había cerrado sus oídos. Estaba inmóvil, pálido, como paralizado por aquel intenso frío que notaba en su estómago. En su mano, el ruiseñor del Japón rebullía, inquieto. Notaba su calor, sus veloces palpitaciones, su débil intento de fuga. Amos abrió la mano, y el pajarillo quedó indeciso, sobre sus delgadas patitas. Mike Keller se apresuró a atraparlo. Seguía hablando. Sujetaba al ruiseñor con la mano izquierda, y con la derecha, simuló pasar por delante de los redondos ojitos algo que manejaba con suavidad. Sí, claro: una varilla de hierro al rojo vivo…

Amos Grant tuvo la sensación de que su cabeza estallaba, de que saltaba en mil pedazos, de que no veía nada… Cuando su mente volvió a funcionar con normalidad, el pequeño ruiseñor estaba en el suelo, y Mike Keller yacía junto a él, con la nariz aplastada,

convertida en un surtidor de sangre. Y él, Amos Grant, estaba todavía en la postura del karateka aplicando un *ura tsuki*. Keller no se movía.

—¡Miserable, miserable, miserable…! —sollozaba Candice.

Amos recuperó una postura normal. Le dolía el puño derecho, los nudillos. Miró a Keller, se arrodilló junto a él, y le tomó el pulso. No ocurría nada grave. Simplemente, le había privado del conocimiento con aquel golpe que le había convertido en papilla la nariz. El ruiseñor estaba allí, inmóvil. Amos lo recogió, y lo metió en la jaula, dejándolo sobre uno de los travesaños.

Se volvió hacia Candice, que seguía sollozando.

—No he podido contenerme —dijo.

—Él lo hizo, él lo hizo… ¡Lo hizo, lo hizo, lo hizo…! ¡Ahora lo recuerdo, él dejó ciegos a los pajaritos, fue él!

—Candy… —Amos la tomó por los hombros—. Candy, cálmate, ya no se puede hacer nada por estos pajaritos, cálmate…

—¡No hablo de éstos, sino de los otros, hace años…! ¡Lo recuerdo, lo he recordado ahora, al decir él que éstos están ciegos! ¡Fue él, ahora lo recuerdo todo, todo…!

—Cálmate —la abrazó Amos—. Por favor, Candy, serénate.

Candice se abrazó a la cintura de Amos, y rompió a llorar con una fuerza terrible, con un desconsuelo desgarrador, estremeciéndose, hablando cosas sobre pajaritos que Amos no podía entender. La apretó con fuerza, y dejó que la muchacha se fuese desahogando, hasta que finalmente, Candice quedó inmóvil entre sus brazos, en silencio, hipando cada pocos segundos, como una niña. La mayoría de los pájaros seguían cantando. Keller continuaba inmóvil en el suelo, manchándolo de sangre.

—Vamos al salón —murmuró Amos—: a los dos nos hace falta un trago, Candy.

Ella se dejó llevar. Tardó poco más en tranquilizarse completamente, en serenarse. Sentados juntos en el sofá, Amos le pasó una mano por la mejilla.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Bueno. Explícame ahora eso que has recordado sobre los *otros* pajaritos que Keller dejó ciegos. ¿Cuándo fue eso?

—Hace años. Éramos todos unos niños. Estábamos en el jardín

de la casa de Henry…, de los Anderson. Hacía algunos meses que los Anderson habían tenido aquel accidente en el que el padre murió. Henry estaba sentado dentro de la casa, ante la ventana abierta. Era primavera. Algunos de nosotros estábamos jugando en el jardín, y Henry nos miraba, nosotros le decíamos cosas… Bueno, estábamos allí haciéndole compañía, a nuestra manera…

—¿Quiénes estabais allí, exactamente? ¿Lo recuerdas?

Candice bebió un sorbito de *whisky*, pensativa. Asintió.

—Sí. Estábamos Johnny, Bobby, Mike, Terry y yo… No había ninguno más, aquella tarde. Dick Peabody estaba visitando a unos tíos suyos. Lucy había ido al dentista… Era una niña bastante fea, y se le desviaban los dientes, así que finalmente tuvieron que ponerle un alambre, de ésos para sujetarlos…

—Sí, sí, entiendo. Estabais John Hanlon, Robert Merrit, Mike Keller, Terence Hutchins, y tú. ¿Qué pasó?

—Henry Anderson estaba mirándonos desde dentro de la casa, sentado en su silla de ruedas, delante de la ventana. En el alféizar tenía una jaula con un pajarito que le había regalado su madre.

—¿Un ruiseñor?

—No lo sé… Sólo recuerdo que tenía un pajarito. Era muy bonito… No, no debía ser un ruiseñor, porque nunca le habíamos oído cantar. Era muy bonito, y nada más. Bueno, estábamos jugando… La verdad es que nos aburríamos bastante. Johnny dijo que tenía que ir al lavabo, y entró en la casa de los Anderson. Entonces, Mike se quedó mirando el pajarito de Henry, y dijo que era un animal muy estúpido, pues ni siquiera cantaba. Yo…, yo creo que había estado esperando que Johnny no estuviese para hacer lo que estaba pensando hacía rato. Cogió la jaula, y sacó de ella al pajarito. Dijo que los pájaros ciegos solían cantar mucho, que se pasaban el día cantando. En la ventana, Henry le estaba gritando a Mike, exigiéndole que le devolviera el pájaro. Mike le dijo que no fuese tonto, que le iba a hacer un favor, que en lugar de tener un pájaro mudo y estúpido iba a tener un pájaro cantor, y que así le alegraría la vida. Henry seguía gritando, exigiendo su pajarito, pero Mike no le hizo caso. Sacó un alfiler, y dijo…

—¿Llevaba un alfiler? ¿Por qué? ¿Tara qué?

—Amos, estoy…, estoy convencida ahora de que lo tenía todo planeado. Se había propuesto dejar ciego al pajarito, había sabido

esperar a que Johnny no estuviese… Sí, lo tenía todo pensado seguramente hacía días. Sacó el alfiler, y dijo que incluso el animalito sería más feliz si cantaba. Terry le preguntó qué iba a hacer, y Mike contestó que le iba a pinchar los ojos, claro, para dejarlo ciego y que cantase mucho. Henry comenzó a llorar, sin dejar de gritar, y yo…, yo eché a correr, aterrada, porque era más pequeña que ellos, y nada podía hacer. Me parece que entré en la casa gritando como una loca, llamando a Johnny. Johnny era bueno… Salimos los dos corriendo, Johnny delante, muy pálido, llamando a gritos a Mike, insultándole… Salimos de la casa, y vimos a Mike, Terry y Bobby delante de la ventana. Mike tendía la mano hacia Henry, que gritaba como si estuviese loco. Johnny se acercó, y Mike se volvió hacia él, riendo, enseñándole lo que tenía en la mano. Era el pajarito. Estaba…, estaba piando de un modo desgarrador, y tenía…, tenía los ojos… pinchados, lle… lle… llenos de…, de sangre…

—Por Dios…

—Johnny le quitó el pajarito a Mike, y le dio un golpe. Mike comenzó a insultarlo, Henry lloraba como si hubiese enloquecido. Yo también comencé a llorar. Johnny tenía el pajarito en la mano y no sabía qué hacer… Entonces, aparecieron Kate y Hazel desde dentro de la casa, corriendo, preguntando qué ocurría. Johnny puso el pajarito en la mano de Henry, y echó a correr, llorando de rabia. Yo me fui tras él, y los demás también se fueron corriendo.

—¿Qué pasó después?

—Nada… Nada. No lo sé. Recuerdo que dos días más tarde, mi madre me dijo que no debía jugar *nunca* más con Mike Keller, y así lo hice durante algunos días. Pero luego, todo se fue olvidando, y volvimos a jugar todos juntos. Supongo que por la inconsciencia de la niñez, porque si Mike lo hubiese hecho ahora. ¡Oh, por Dios!, quiero decir que ahora que lo ha vuelto a hacer, nunca, nunca, nunca jamás volveré a hablarle… ¡Nunca!

—Lo comprendo. ¿Pasó algo más?

—No sé. No recuerdo. Bueno, me parece que Kate le compró otro pajarito a Henry… Le fue comprando pajaritos. Ya te dije que yo iba muy poco allí, y que prácticamente dejé de ir a ver a Henry cuando Johnny se marchó.

—¿Qué tal era Henry? ¿Lo queríais?

—Oh, sí, pobrecillo. ¡Pero era tan raro…! Bueno, de todos modos, supongo que sí, que lo queríamos.

—Pero ninguno fuisteis a su entierro en Rock Springs, cuando murió, hace tres años.

—Yo hubiese ido, pero ¿para qué? Kate me escribió diciéndome que había muerto, y que ya estaba enterrado, así que…

—¿Ya estaba enterrado?

—Sí, claro. Por lo tanto, no…

—¿Os avisó cuando Henry ya estaba enterrado?

—Sí.

Amos Grant parpadeó, desconcertado. Tenía muy buena memoria, pero indudablemente, las mejores memorias pueden fallar en ocasiones. Estuvo unos segundos pensativo, antes de ponerse en pie.

—Vámonos de aquí, Candy.

—Es lo que estoy deseando.

—Espera un momento.

Amos fue al cuarto de los pájaros, donde Mike Keller, ya recobrado, estaba sentado en el suelo, con expresión aterrada, tocándose cuidadosamente la nariz. Lo asió por la rubia cabellera teñida, lo puso en pie, lo sacó de allí, y lo metió a empujones en el cuarto de baño. Le puso la cabeza bajo el grifo, para que el agua lavase la sangre, sin hacer caso de los gritos de Keller. Luego, lo volvió hacia él, sujetándole por la ropa.

—Para mí, vale usted menos que cualquiera de esos pajarillos, Keller, pero tengo la obligación de advertirle: van a querer matarlo, así que usted verá lo que hace. Por mi parte, le aseguro que no pienso solicitar protección para usted, como he hecho con Kate Anderson. ¡Ojalá lo maten, cerdo!

Le dio un empujón, salió del cuarto de baño, y se reunió con Candice, para abandonar juntos el apartamento que parecía una jaula… para *furcias* de lujo.

* * *

A las nueve y media, el teniente Grant ya no estaba en el Departamento de Policía, pero Amos lo llamó a su casa, y quince minutos más tarde Harold Grant acudió. A las diez, había terminado de escuchar la explicación, y su rostro tenía un extraño tono

descolorido.

—Está bien —murmuró—. ¿Qué conclusión sacas de todo esto?

—Hay una, evidente, que es la que todos hemos obtenido desde el principio, tío Harold: alguien está vengando la ceguera de aquel pajarillo de Henry Anderson.

—De acuerdo. Pero ¿quién? Naturalmente, no ha sido ninguno de los que ya han muerto. Quedan la señorita Owens y Mike Keller, nada más.

Amos miró a Candice, que había respingado, y sonrió, dándole una palmadita en una rodilla. Volvió a mirar a su tío.

—Quedan también Kate Anderson y Hazel Barrow.

Harold Grant tuvo su tumo para respingar. Luego, soltó un bufido.

—¡Vamos, Amos, vamos…! —protestó.

—Quizá quede alguien más.

—¿Alguien más? ¿Quién?

—Kate Anderson me dijo que cuando el entierro de su hijo, avisó a los amigos de éste cuya dirección conocía, esto es, a los que seguían en contacto con ella y le enviaban algo de dinero de cuando en cuando. La señora Anderson dijo que ninguno de ellos acudió al entierro. Es posible que yo entendiera mal, o que ella no se explicase bien, pero la impresión que tuve fue que los avisó antes del entierro. En cambio, Candy dice que los avisó *después*, y que por eso ninguno acudió a Rock Springs. ¿Para qué, si el pobre Henry ya estaba enterrado, después de tantos años de sufrimientos morales y físicos?

—Sí, entiendo… Bueno, me parece lógico, ¿no?

—Quizá. Lo que yo estoy pensando es que Kate Anderson debió avisar a los amigos de su hijo *antes* del sepelio, por si alguno quería acudir.

—¿Adónde quieres ir a parar, Amos?

—Tú puedes hacerlo, tío Harold: quiero que te pongas en contacto con la policía de Rock Springs, Wyoming, y que preguntes si, efectivamente, Henry Anderson está enterrado allí.

—¿Te das cuenta de lo que dices? —exclamó Harold Grant.

—Sí.

—¿Estás… sugiriendo que Henry Anderson no está muerto? ¿Que está vivo, que está sano, que está matando a sus amigos que

estaban presentes aquella tarde en su jardín? ¿Estás sugiriendo eso, y que su madre y el ama de llaves lo saben, y que te han mentido, y que están apoyando a ese hombre? Amos: ¿está sugiriendo todo esto?

—Tío Harold: sólo te he pedido que te enteres de si en Rock Springs está enterrado Henry Anderson.

CAPÍTULO XI

—De manera que aún estás vivo, ¿eh?

Kester Hyde sonrió, mientras su mirada iba de Amos a Candice y de Candice a Amos, ambos de pie junto a la cama. Prudence Darrell, que había pasado la noche dormitando en un sillón, ocupaba de nuevo una silla, cerca de la cabecera del herido.

—¿Qué te dijo Keller? —preguntó el policía.

—Es un mariconazo como de aquí a la Antártida. Y, además, tiene una jaula llena de pajaritos… ciegos.

—¿Qué? —Respingó Hyde.

—La mayoría de ellos, ruiseñores del Japón.

—Pero… ¿de qué estás hablando?

Amos acercó el sillón, para que se sentara Candy. Él lo hizo en el borde de la cama, con gran cuidado. Encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el humo, que se recortaba en la ventana, llena de luz de sol. Las ocho y media de la mañana, lunes, olvidada ya la ola de frío y lluvia otoñales. Un bonito día de cielo sin nubes.

Amos Grant explicó todo a Kester Hyde. Para entonces, había terminado el cigarrillo, que aplastó en el cenicero. *Miss* Darrell le miraba con los ojos muy abiertos. Hyde estaba sumido en hosco silencio.

—¿Han contestado ya los de Rock Springs? —susurró.

—Todavía no. Tío Harold me llamará aquí, a tu cuarto, en cuanto le den la respuesta. Mientras tanto, voy a solucionar uno de tus enigmas, el referente a la intervención de los dos asesinos de esa organización. Resulta que sí tenían prisa. Quien los contrató, tenía prisa para que matasen a Candy…, antes de que ella recordase lo de los pajaritos. Es decir, lo del pajarito de Henry Anderson que Mike Keller dejó ciego pinchándole los ojos con un alfiler. Y puesto que

Candy y yo parecíamos congeniar, y por tanto hablar mucho, ella podía recordar lo del pajarito en cualquier momento.

—¿Y…?

—Y eso me hubiese hecho pensar en Henry Anderson. ¿Quién sino él podía querer vengar a aquel pajarito?

—Pero Henry Anderson está muerto…

—Lo sabremos con seguridad cuando tío Harold me llame. Pero lo de los asesinos profesionales fue por eso: porque el asesino no podía acercarse a Candy con… garantías de conseguir sus propósitos, y por otro lado, debía impedir que yo removiese sus recuerdos. Así que efectuó el contrato, y dio la indicación de que debían matarnos a navajazos para que todo estuviese dentro de sus cauces. Por suerte para nosotros, porque si en el estacionamiento, aquellos sujetos hubiesen llevado sus pistolas, ahora Candy y yo estaríamos muertos.

—Y yo no tendría un balazo en una pierna —masculló Hyde—. Bueno, supongo que una herida como ésta es un precio barato a cambio de un buen amigo… y de una linda muchacha. En cuanto a esa organización criminal…, te aseguro que en el Departamento buscaremos el modo de acercamos a ella: es un negocio destinado a desaparecer.

—¿Sí? ¿Cómo lo haréis?

—Nos las arreglaremos —desvió Hyde la mirada.

Amos se pasó la lengua por los labios. Sí… ¿Por qué no? Siempre había alimañas que podían ser utilizadas como carnada. ¿Lo haría la policía? ¿Realmente lo haría?

—Háblame de tu pierna.

—Sólo puedo decirte que está en su sitio —le miró Hyde—. Lo que no es poco.

—¿Te duele?

—Sólo cuando bailo.

—Pues no bailes —rió Amos.

—El consejo llega demasiado tarde: Prudence y yo hemos estado bailando toda la noche.

—¿Y quién es Prudence? —Guiñó Amos, un ojo.

—Yo —rió *miss* Darrell.

—¡Ah…! Por cierto, señorita Darrell, creo que tiene que ir a trabajar al despacho, ¿no es así?

—No tengo ninguna prisa especial. Prefiero estar con Kester.

—Caramba… Bueno, hay gustos para todo, en esta vida.

—Pues a mí me parece —mascullό Hyde— que la señorita Owens tiene peor gusto que Prudence.

—Lo importante aquí —guiñó de nuevo el ojo Amos— es que tengamos buen gusto tú y yo. Y parece que de eso no hay duda, ¿verdad?

—¡Qué cosas tan bonitas dice, señor Grant! —exclamó Prudence Darrell.

Se echaron a reír los cuatro.

A las diez de la mañana, Kester Hyde estaba afeitado y peinado meticulosamente, tenía buen aspecto, y, a decir verdad, parecía encantado de la vida.

A las diez y veinte aproximadamente sonó el teléfono de la mesita de noche. Amos se apresuró a atender la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

—Hola, tío Harold. Sí, soy yo. ¿Sabes algo?

—Gracias. —Amos colgó el auricular, y quedó inmóvil, con la mano sobre el aparato. La apartó lentamente, y se volvió a mirar a Candice—. Nos vamos a New Haven —murmuró—: voy a necesitar tu presencia, tu ayuda como… persuasora; como vieja amiga de Kate Anderson.

—Oye, un momento —protestó Hyde—: ¿qué te ha dicho el teniente?

Amos se pasó la lengua por los labios.

—No hay nadie llamado Henry Anderson enterrado en el cementerio de Rock Springs, Wyoming.

* * *

Un poco más tarde de las doce, Amos Grant detuvo el coche cerca de la casa de los Anderson, en Fitch Street, y se quedó mirando al hombre que, sentado al volante de otro coche, le contemplaba a su vez con gran atención.

—En seguida vuelvo, Candy.

Se apeó, y fue hacia el otro coche. Estuvo un par de minutos conversando con el hombre. Desde su asiento en el «Dodge», Candy captó perfectamente la sorpresa de Amos, su breve excitación. Por

fin, Amos volvió a sentarse junto a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Candy.

—Es uno de los policías que custodian a Kate y Hazel.

—Eso ya lo he supuesto. Pero ¿qué pasa?

—¿Sabes lo que ha hecho tu amiguito Mike Keller? Es como si yo estuviese dentro de su cerebro, leyendo sus pensamientos… Ha pasado la noche encerrado en su apartamento, muerto de miedo. Por la noche, claro, no se ha atrevido a salir. Pero, en cuanto se ha hecho de día, ha querido ponerse a salvo. Seguramente ha estado toda la noche recordando que yo le dije que Kate estaba protegida. Por lo tanto, en cuanto ha amanecido, se ha puesto sus mejores galas, ha subido a su coche, y se ha venido aquí.

—¿Mike está con Kate? ¿En la casa?

—Así es. Hace poco más de quince minutos que llegó. El policía llamó por la radio a Kate al ver a un sujeto apearse de un coche delante de la casa. Y Kate le dijo que no se preocupase, que era Mike Keller, un querido amigo.

—Qué cobarde asqueroso… ¡Ha venido a protegerse entre las faldas de dos mujeres!

—No seas dura, Candy. A fin de cuentas, lo único verdaderamente valioso que todos tenemos en la vida, es la propia vida.

—Preferiría no ver nunca más a Mike.

—Lo siento, pero tenemos que entrar en la casa. Kate Anderson nos debe a todos una explicación, ¿no te parece? Su hijo no está enterrado en el cementerio de Rock Springs. Y si no está allí, ¿dónde está, a qué se dedica, por qué ella nos mintió?

—Está bien. Vamos a preguntárselo.

Amos recorrió la corta distancia hasta delante mismo de la casa. Segundos después, llamaban a la puerta, que se abrió enseguida.

—¡Ah, señor Grant! —sonrió Hazel Barrow, contentísima—. ¡Hola, Candy! ¡Qué sorpresa!

Amos la miró extrañado. ¿Sorpresa? Casi juraría que había visto un rostro tras los cristales de la ventana, entre las cortinas, mirándoles acercarse.

—¡Buenos días, Hazel! —saludó Candy—. Venimos a hablar con Kate.

—¡Oh, sí! ¡Muy bien, sí…! Pasen, pasen.

Kate Anderson estaba en el saloncito, sentada en el centro del sofá, haciendo punto, moviendo las largas agujas con habilidad. Sonrió al verlos, y salió a su encuentro, besando a Candy en ambas mejillas y mirando con simpatía a Amos.

—Bueno, queridos, quizá ahora me expliquen por qué ayer no…

—Señora Anderson —cortó Amos, quizá un tanto bruscamente—: sabemos que Mike Keller está en la casa. Y no le vemos aquí.

—¡Ah…! Bueno, sí. Verá, señor Grant, es que… Bien, les hemos visto llegar a ustedes, ésa es la verdad. Mike estaba aquí, con nosotras, pero cuando Hazel dijo que venía usted, dijo que no quería verle, y se fue para los dormitorios.

—Ya. Me parece estupendo, porque yo tampoco tengo el menor deseo de verle a él. Y Candy todavía tiene menos deseos que yo.

—Entonces —sonrió Kate—, vamos a dejar escondido al pobre Mike, si le parece bien.

—Encantado.

—¿Les gustó mi comida? —preguntó Hazel.

—¿Eh…? ¡Oh, sí!; mucho, *miss* Barrow. Gracias.

—En ese caso —rió la gordita y bonachona Hazel—, se quedarán a almorzar con nosotras. ¡Oh, bueno!, está Mike, claro…

—Luego hablaremos de eso. —Amos se sentó, puesto que ya lo habían hecho Kate y Candy; se quedó mirando fijamente a Kate—. Señora Anderson: ¿por qué nos dijo que su hijo estaba enterrado en el cementerio de Rock Springs, si no es cierto?

Hazel emitió un gritito, y se llevó las manos a la boca. Kate encajó el golpe mucho mejor, con aquella serenidad habitual en ella.

—¿Se han enterado? —musitó.

—Evidentemente.

—No tenían derecho a hacerlo… No, no tenían derecho…

—¿No teníamos derecho? —se sorprendió Amos—. Sea razonable, señora Anderson. Usted nos mintió a todos: a Candy, a los demás muchachos de la pandilla, a mí y por tanto a la policía… ¿Por qué?

—No lo diré… ¡No lo diré nunca, nunca!

Candy contemplaba con expresión desorbitada a Kate, que parecía ahora como alucinada. Miró a Amos, pero éste le hizo un gesto, pidiéndole paciencia y silencio.

—Señora Anderson, sabemos, también, lo del pajarito ciego. Candy lo recordó ayer. En estos momentos, todo está tan claro que ni siquiera hacen falta explicaciones. Lo que sí hace falta es saber dónde está su hijo.

—No, no…

—Si no lo encontramos, él insistirá. Todavía le quedan Candy y Keller por matar. Son los últimos de aquel grupo que había en el jardín el día que Mike Keller dejó ciego a su pajarito. Me pregunto si usted se da verdadera cuenta de lo horrible que es todo esto.

—¿Horrible? ¡Qué sabe usted de cosas horribles…!

—Estoy aprendiendo —dijo Amos, con voz tensa.

—No… No sabe nada de nada… ¡Nada de nada! Es cierto, mi hijo no está enterrado en Rock Springs. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—¡Porque jamás estuvimos allí! Estuvimos en otro sitio, en otro pueblo, muy tranquilo, cerca de Rock Springs. Es igualmente sano…, pero no es Rock Springs. Yo di una dirección de Rock Springs para la correspondencia y envíos de dinero porque no quería que los muchachos supiesen jamás dónde estaba realmente mi Henry.

—¿Dónde estaba?

—No saben nada de nada… —Kate parecía fascinada, hipnotizada—. ¡No saben nada! ¿Usted cree que lo de aquel pajarito terminó aquel mismo día, que todo quedó resuelto?

—¿Qué quiere decir? No comprendo.

—Aquel pajarito… Un día, lo encontré muerto en su jaula, poco después de que Mike lo dejase ciego. Quedé horrorizada. El pobre animalito estaba… estrujado, aplastado. Era sólo un montón de plumas reventadas. Le pregunté a mi Henry qué había ocurrido, pero no me contestó. Pensé…, pensé en algún extraño accidente, así que lo que hice fue enterrar el pájaro. Al día siguiente, le compré otro pajarito a mi Henry. Sí, otro pajarito…

Kate Anderson se calló. Su mente estaba en otro tiempo, en otro momento de su vida. Su mirada estaba vacía. Sus manos descansaban sobre el regazo, inertes, blancas, como de mármol. Amos y Candy cambiaron una mirada. Luego miraron a Hazel, que tenía el ceño fruncido, la mirada fija en el suelo.

—Sí —prosiguió de pronto Kate—, le compré otro pajarito a mi

Henry. Era más bonito que el anterior, y cantaba un poco más. Dos días más tarde, cuando íbamos a comer, observé…, observé que Henry tenía… unas manchitas en las manos. Le dije a Hazel que se las limpiase. Hazel siempre, siempre, siempre ha querido mucho a mi Henry. En ocasiones, incluso he llegado a tener celos de ella, ¡qué tontería! Hazel lo quería como si fuese hijo de ella, y eso debía alegrarme… Hazel se acercó a lavarle las manos, pero Henry las escondió. No quería que le lavasen las manos, pero Hazel consiguió agarrarle una. Bueno, le lavó las manos… Más tarde, en la cocina, Hazel me dijo que le parece que aquellas manchas eran de sangre. Henry ya estaba en la cama. Siempre lo acostábamos las dos. Sí, las dos…, las dos… Cuando Hazel me dijo que aquellas manchas le habían parecido de sangre, me preocupé mucho. Al día siguiente, nos dimos cuenta de que el pajarito estaba ciego, tenía los ojos reventados, pinchados…

—¡Dios mío! —gimió Candy.

Kate Anderson la miró, y sonrió levemente. Una sonrisa mecánica, sólo con los labios.

—Sí. El pajarito estaba ciego, acurrucado en el piso de la jaula, más muerto que vivo. Entonces, fuimos a preguntarle a Henry qué había ocurrido. ¿Acaso aquellos horribles niños habían vuelto a hacerlo? ¿Habían sido ellos quienes habían reventado los ojos al otro pajarito? ¿Habían vuelto por la casa Bobby, Terry, Johnny, Mike, Candy? ¿Habían sido ellos? Henry no contestó. Cada día hablaba menos. Pensamos… Si, nosotras pensamos que, en efecto, aquellos… horribles niños habían hecho aquello. Le compramos a Henry otro pajarito. Al día siguiente, lo encontramos con los ojos reventados…

Candy rompió a llorar, ocultando el rostro con las manos, inclinándose hacia delante, desconsolada. Esta vez, Kate Anderson no le hizo el menor caso. Amos estaba aterrado.

—El pajarito estaba ciego —prosiguió Kate—. Y esta vez, sabíamos que no habían podido ser los otros niños. No dijimos nada a Henry esta vez, simulamos que no nos habíamos dado cuenta… Nos dedicamos a vigilarle, sin que él se diese cuenta. Aquella misma tarde, cuando mi Henry creía que no le veíamos, abrió la jaula, sacó al pájaro, y lo retuvo en su mano… Canta, pajarito, dijo. Canta, pajarito…

—Por Dios… —jadeó Amos.

—Canta, pajarito… Pero el pajarito no cantaba. Estaba loco de miedo, pobre animalito, y piaba. Sólo piaba, emitía una vocecita temblorosa, desaforada, enloquecida. Canta, pajarito… Pero el pajarito no quería, o no podía cantar. Entonces, mi Henry apretó la mano, la cerró con toda su fuerza. Luego, tiró con rabia al suelo aquel montoncito de plumas…

—Señora Anderson, por favor, no diga nada más.

—¿Por qué no? —Miró Kate a Amos, casi airada—. ¿Por qué no? ¿Acaso no ha venido usted aquí en busca de la verdad?

—Sí… Sí, pero…

—Pues va a saberla. ¡Quiero que sepa toda la verdad, señor Grant!

—Le suplico…

—¡Quiero que me escuche!

—Está bien. Sí, la escucho. Siga.

—Ya no le compramos otro pajarito a mi Henry. Pero, a los pocos días, Hazel y yo nos llevamos un susto de muerte. Estábamos limpiando una habitación del piso de arriba, y Hazel se asomó a la ventana, diciendo no sé qué sobre el jardín. Entonces, dio un grito. Yo acudí a la ventana y miré hacia abajo. Henry estaba…, estaba en el jardín, caído en el suelo, al pie del roble… ¿Ha visto usted ese roble grande, en el jardín?

—Sí, sí.

—Mi Henry estaba al pie de ese árbol, y estaba…, estaba intentando subir por el tronco. ¡Fue espantoso! Hazel y yo nos quedamos como muertas del sobresalto, no teníamos fuerzas ni siquiera para gritarle a Henry que se estuviese quieto. Luego, comprendimos que había conseguido saltar desde su silla de ruedas al jardín, por la ventana. Arriba, entre unas ramas, había un nido de pájaros.

—¿Su hijo quería subir al árbol para coger aquel nido?

—Sí. ¡Pobrecito mío! Estaba inválido, ya no le comprábamos pajaritos, así que quiso procurárselos él mismo. Así que intentó subir al árbol, cosa que jamás habría conseguido. Lo entramos en la casa, luchando con él, pues quería subir al árbol fuese como fuera. Gritaba con rabia, decía que quería un pájaro… Aquella misma tarde, Hazel fue a comprarle otro pájaro. Y luego, continuamos

comprándole pájaros.

—¿Y él los iba matando? —Casi gritó Amos.

—¡Oh, sí…! Pero antes les pinchaba los ojitos, y luego les pedía que cantasen. Cada vez era más exigente, así que cada vez le duraban menos tiempo, por lo que cada vez teníamos que ir comprando pájaros más baratos. O sea, pájaros que jamás podrían cantar como Henry esperaba. Era inútil.

—¿Quiere decir… que le compraban pájaros… para que los fuese dejando ciegos y matándolos luego?

—Sí.

—¡Cielo santo…!

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —gritó Hazel—. ¿Qué otra cosa, sino complacer al pobre niño?

—¿Está usted loca, *miss* Barrow? —saltó Amos—. ¡Complacer a un pobre niño…!

—¡Sí, complacerle! ¡Estaba obsesionado con aquello, no había nada más que le distrajese! ¡Por lo tanto, le comprábamos todos los pájaros que quería! ¿Se entera usted?

—Hazel, cálmate —pidió Kate Anderson—. No interrumpas, querida. Deja que sea yo quien le de la explicación al señor Grant.

—En realidad, señora Anderson, sólo quiero saber dónde está ahora su hijo.

—Llegaremos a eso. El tiempo fue pasando… Mi Henry jugaba con sus pajaritos, pero cada vez con menos interés. Se fue haciendo un hombrecito…

—¡Un monstruo! —gritó Candy—. ¡Un monstruo, un monstruo!

—No deberías hablar así, querida —la miró plácidamente Kate Anderson—. No es piadoso por tu parte. Pero, realmente, ¿qué importa lo que tú pienses sobre mi Henry? Sí, él se fue haciendo un hombrecito. Íbamos espaciando la entrega de los pajaritos, y él no protestaba. Lentamente, muy lentamente, muy muy lentamente, la cantidad de pajaritos fue disminuyendo. Hazel y yo estábamos muy contentas, porque comprendíamos…, teníamos la esperanza de que por fin Henry dejara de matar pajaritos. Hasta que un día. —Kate tragó saliva con visible dificultad—, un día, Henry agarró a Hazel por el cuello, sacó un cuchillo de la cocina, e intentó sacarle los ojos, riendo, diciendo que puesto que los pajaritos no querían cantar, cantaría ella. Dos días más tarde, el doctor Shepard nos dijo

que había que internar a mi Henry en un sanatorio mental.

—¿Quiere decir que perdió la razón?

—Estaba completamente loco —dijo, con firmeza, Kate—. ¿Y sabe usted por qué, señor Grant?

—Bueno…

—Porque unos cuantos niños sacaron los ojos a un pajarito, en su presencia.

—Señora Anderson…

—¡Fue por eso, y nada más que por eso! Así lo aseguró el médico que nos recibió en el sanatorio mental, después de escuchar la historia; una historia que jamás contaría a nadie, pues la había escuchado bajo la condición del secreto profesional. Y así quedaron las cosas. Mi Henry estaba en el sanatorio, y nosotras alquilamos una casita cerca del sanatorio. No queríamos que nadie lo supiese, de modo que dijimos que estábamos en Rock Springs, y que Henry iba pasando… ¡Nadie tenía que saber que mi Henry estaba encerrado en un manicomio!

—Pero su hijo ya no está en el sanatorio, señora Anderson.

—No, por fortuna.

—¿Quiere decir que, finalmente, recobró la razón?

—Por desgracia, no.

—¿Se fugó? ¿Escapó del manicomio, y ahora está matando a los muchachos de la pandilla? Señora Anderson, quizá usted no…, no esté comprendiendo realmente lo que ocurre. Tanto si está loco como si está cuerdo, su hijo está cometiendo asesinatos horrendos. Cabe pensar que haya querido vengarse de Mike Keller, que fue quien lo inició todo, pero ¿por qué de los demás?

—Todos estaban allí.

—Está bien… No discutiremos. Su hijo está por ahí, matando y matando. Pero debe tener algún sitio donde esconderse, algún lugar adonde usted pueda llamarle por teléfono, un sitio donde dormir… ¿Dónde, señora Anderson? ¿Dónde?

—No se lo diré.

—Lo dirá, se lo aseguro. Acabará por decirlo. ¿Dónde se esconde? ¿Cerca de aquí, lejos…? Sí, debe ser cerca de aquí, no creo que esté muy lejos… ¿Dónde?

Kate Anderson parpadeó, bruscamente, como si pronto la hubiese acometido un tic nervioso. Por un brevísimo instante, su

mirada fue hacia la puerta del saloncito, viva, huidiza, alarmada. Amos miró hacia allí, pero no había nadie, por supuesto.

—¿Está aquí? ¿En la casa? —le preguntó a Kate.

—No… No, no… ¡NO!

Amos se puso en pie, mirando a Candice.

—No te muevas de aquí.

—Amos, tengo miedo… ¡Tengo miedo!

El psicólogo asintió con un gesto. Se estaba dando cuenta de que él también tenía miedo. Un miedo frío, profundo, escalofriante. ¿Y Mike Keller? ¿Dónde estaba Mike Keller? Aquel silencio, tan impresionante… Mike Keller se había escondido al llegar él.

Se dirigió a la puerta, salió al vestíbulo…

—¡Henry Anderson! —llamó—. ¡Salga de su escondrijo, venga aquí! ¿Me oye? ¡Todo ha terminado! ¡Venga aquí!

Las palabras de Amos Grant fueron devoradas por aquel silencio de auténtica tumba. Volvió la cabeza, y vio a las tres mujeres, que le miraban. Candy, asustada. Kate y Hazel, fijamente, como alucinadas, sin un parpadeo, sin un gesto, inexpresivos los rostros.

Amos dio un paso hacia la escalera que subía a los dormitorios. Puso el pie en el primer peldaño, y de pronto sacó la pistola. El arma estaba fría, pero quizá menos que su mano.

—¿Anderson? —insistió—. Voy a subir. Y tengo una pistola. No me obligue a disparar contra usted.

Silencio.

Subió el primer escalón. Lo horrendo de la situación iba penetrando lentamente en su cerebro. ¿Cuál había sido la vida de aquel muchacho inválido…? ¿Inválido? ¡Ah, no…! Era evidente que se había curado de su lesión, posiblemente en el sanatorio mental. ¿Y qué había hecho entonces? Se había escapado, y había iniciado una espantosa, horripilante venganza de auténtico loco…

—¡Henry Anderson!

Silencio.

Amos Grant inició la ascensión, lentamente, al principio, pero cada vez más deprisa. Llegó al descansillo. Un amplio pasillo. A un lado habían tres puertas; al otro, dos. Abrió bruscamente la primera puerta del lado donde habían tres, alzando la pistola, apuntando hacia el interior del dormitorio. No había nadie.

Dejó para más adelante un examen más meticuloso, si no

encontraba fácilmente a Henry Anderson. Se colocó ante la segunda puerta, y la abrió también, bruscamente, apuntando con la pistola hacia el interior. Era el cuarto de baño.

Y al mismo tiempo que veía a Mike Keller, oía la carcajada abajo. Una carcajada que lo escalofrió incluso más que la visión de Mike Keller.

Estaba de pie. Tenía alrededor del cuello un cordón de albornoz, por medio del cual colgaba de una de las perchas de porcelana. Pero no había sido ahorcado o estrangulado, puesto que sus pies tocaban el suelo. Simplemente, el cordón lo mantenía de pie, pero no había muerto por eso, sino debido a docenas, cientos, miles de puñaladas en todo el cuerpo. El rostro de Mike Keller estaba desencajado, cerúleo, rígido. Tenía los ojos desorbitados. Y en cada ojo, hundida profundamente, una aguja de hacer punto.

Todo esto lo vio Amos Grant en una fracción de segundo, como en una rapidísima imagen cinematográfica. Tan rápidamente, que aún duraba la carcajada trémula y vibrante de satánica alegría cuando él desvió la mirada.

Y, a continuación de la carcajada, el grito de terror:

—¡AMOS! ¡AMOOOOSSSS…!

La voz de Candice le estremeció. Dio media vuelta, corrió por el pasillo y descendió la escalera en tres saltos, casi cayendo al llegar al final. Estaba como ciego, aturdido… En sus oídos resonaban carcajadas y gritos de pavor, de dolor…

Cuando apareció en la puerta del saloncito, Hazel estaba caída de rodillas junto al sofá, con las manos apoyadas en el suelo, y una navaja cerca de la derecha. Gritaba y reía, pero Amos no le hizo el menor caso. Su mirada fue hacia detrás del sofá, donde Kate Anderson había acorralado a Candy, y se disponía a asestarle otro golpe con la navaja que goteaba sangre… De nuevo, en un milésima de segundo, Amos Grant captó la imagen: los ojos desorbitados de Candy, su lívido rostro desencajado, sus brazos alzados para protegerse el pecho en el que se veían ya unos manchurrones de sangre; y la navaja enrojecida en alto, el rostro demoníaco de Kate Anderson.

Sí. En una milésima de segundo.

En seguida, Amos Grant disparó.

El disparo retumbó en toda la casa, hizo vibrar los cristales. La

bala acertó a Kate Anderson en el pómulo derecho, y la empujó violentamente contra la pared, mientras Candice Owens se desplomaba, desapareciendo de la vista de Amos, tras el sofá.

Amos empezó a correr hacia allí, pero Hazel le salió al paso, ya de pie, blandiendo la navaja.

—¡Tú también! —gritó—. ¡Tú también vas a morir…! ¡Henry está muerto, así que todos tenéis que morir, todos…! ¡Él está enterrado cerca de un manicomio, pero a vosotros os enterraremos en el lodo, malditos, malditos, malditos…!

Amos se apartó, y el navajazo pasó rozando su pecho. La regordeta Hazel (¡Dios, la regordeta Hazel, a la que debían gustarle mucho los bombones, que tanto engordan!) pasó rugiendo por su lado, tropezó y volvió a caer de rodillas, pero se puso rápidamente en pie, para volver al ataque.

—¡Lo juramos! ¡Kate y yo lo juramos, cuando dejamos a Henry allá, en aquella tumba! ¡Los mataremos a todos, a todos, a todos los que lo volvisteis loco…!

Amos volvió a apartarse, pero esta vez no se limitó a eso, sino que cuando Hazel pasaba por su lado, disparó su puño izquierdo. Un golpe de karateka, seco, breve, preciso, que alcanzó a Hazel Barrow debajo de la oreja derecha, desviándola de su trayectoria, tirándola sobre un sillón, donde rebotó para rodar por el suelo, quedando allí inmóvil, cara al techo.

El psicólogo estaba paralizado ahora, contemplando el rechoncho cuerpo de Hazel. La sonrosada, ingenua, sonriente, amable Hazel. En velocísimo giro como de rueda de artificio, las ideas iban estallando en la mente de Amos Grant, durante aquel instante de parálisis. Henry Anderson había muerto; no cuando Kate había dicho, ni en Rock Springs, sino más tarde, y en otro sitio. Y desde aquel momento, las dos mujeres decidieron vengarse de los causantes de su locura, esto es, de todo el grupo, sin discriminaciones. Dejan enterrado a Henry, regresan a New Haven… ¿Cómo matar a aquellos malditos? Lo primero que se les ocurre es contratar a unos asesinos, así que se interesan por el modo de conseguirlo. Y se enteran de cómo pueden hacerlo. Pero, mientras tanto, una nueva idea, mucho más completa y satisfactoria, ha ido concretándose en sus mentes. ¿Asesinos profesionales? ¡No! Lo pueden hacer ellas… ¿Quién va a desconfiar

de dos pobrecitas mujeres? Pueden ir engañándolos a todos, citándolos y pidiéndoles que no digan a nadie que van a entrevistarse con ellas. Y entonces, los destrozan a navajazos y luego les pinchan los ojos. ¿Los asesinos? ¡Oh!, ésos sólo son utilizados, por fin, en la emergencia que significa Candice Owens por un lado, y debido al hecho de que la policía se haya interesado por ellas, por el otro. Pero no, no, no…, son ellas las que tienen que matar, las que tienen que vengar *adecuadamente* a Henry Anderson y a su pajarito ciego… Ellas, con sus manos, con sus navajas, con sus alfileres…, con sus mentes desquiciadas…

La rueda de artificio con ideas que iban estallando en la mente de Amos Grant, dejó de girar cuando el psicólogo se arrodilló junto a Candice Owens, que yacía en el suelo, palidísima, con el pecho manchado de sangre.

Amos Grant acercó su mano temblorosa al rostro de la muchacha.

—Candy… —gimió—. Candy, Candy, Candy…

CAPÍTULO XII

La mano de Amos Grant se deslizó en una caricia por la fina piel de Candy, que lo miró y sonrió. Parecía de color rojo, al resplandor de la chimenea.

—¿Y ahora…? —musitó dulcemente.

—Estaba mirando tu pecho; no se nota nada…, ni la más pequeña cicatriz. Hay que convencerse de que la cirugía plástica hace milagros.

Candice se estremeció un instante, pero, como estaba aprendiendo a hacer, desechó los recuerdos. No quería recuerdos; sólo presente, realidad. Estaban en el apartamento de él, delante de la chimenea, sobre una auténtica piel de oso. A un lado había un abeto graciosamente adornado, incluso con un bonachón Santa Claus de plástico, ventrudo, sonriente.

—¿De verdad no se nota nada?

—Claro que no.

El sonido del carillón de la puerta del apartamento interrumpió el entusiasmo de Amos Grant. Se pusieron los dos en pie de un salto, exclamando Candice:

—¡Ya están aquí!

—Tranquilízate. Sólo tenemos que abrir la puerta. No pasa nada. Además, no entiendo por qué tenías que invitar a nadie estando, como estamos, en plena luna de miel.

—¡Oh, Amos!; es Navidad… Además, sé muy bien que no te molesta que vengan tío Harold y tía Berta. Ni te molestan tu amigote, el sargento Hyde, con *miss* Darrell, que está loca por él… Seguramente, se casarán en seguida…

—Seguramente. Pero el hecho cierto es que nosotros *ya* estamos casados. Así que mi querida tía Berta y el gruñón teniente Grant, así

como el sargento Hyde y su novia, podrían irse a dar la lata al Congo, vamos, digo yo. ¡Y no me vengas con el cuento de que conseguí mi puesto de asesor psicológico y criminalista en la policía gracias a tío Harold, porque sabes muy bien que no es así!

—¡Pero si yo no he dicho nada! —rió Candy.

El carillón volvió a sonar. Amos Grant frunció el ceño, atrajo rudamente a su esposa contra su pecho, y refunfuñó:

—Bueno, está bien, abriré… Al fin y al cabo, es Navidad, y seguramente nos traen champaña. Y de todos modos —la besó en los labios—, tenemos todavía muchas noches de piel de oso por delante…

FIN

Notas

[1] Dirty, en inglés, significa sucio, polvoriento, desaseado. < <



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…